

Epílogo.La lectura como artefacto teórico y político: conciencia diferencial de oposición e imágenes de inclusión.

Aldo Ocampo González.

Cita:

Aldo Ocampo González (2020). *Epílogo.La lectura como artefacto teórico y político: conciencia diferencial de oposición e imágenes de inclusión*. En Concepción López-Andrade *Un viaje a través de las culturas letradas subversivas y de resistencia*. Santiago de Chile (Chile): Fondo Editorial CELEI.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/aldo.ocampo.gonzalez/41>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/puOs/H42>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Epílogo

La lectura como artefacto teórico y político: consciencia diferencial de oposición e imágenes de inclusión

Aldo Ocampo González

Centro de Estudios Latinoamericanos de Educación Inclusiva (CELEI)¹, Chile.

Este trabajo esboza un análisis transversal de orden estriado y reticular que cruza multiaxialmente cada uno de los tópicos de análisis que vertebran la presente obra. Para ello, haciendo uso de las categorías con las que articulo mi trabajo como teórico y crítico educativo, examino problemáticas de orden político, estructural y relacional implicadas en el ejercicio de la lectura concebida en tanto estrategia de inclusión y construcción permanente de justicia. Inspirados en los legados y contornos de la *interseccionalidad*, la *epistemología de la educación inclusiva* y la *metodología de conciencia oposicional*, intentaré articular estas y otras tensiones y respuestas en fuga.

Introducción: frenos al autodesarrollo a través del derecho a la lectura y la producción de subjetividades políticas

La lectura constituye un poderoso dispositivo de creación, transformación e intervención crítica en la multiplicidad de sistemas-mundo. Su actividad heurística y praxis crítica articula una herramienta que *performa*² la realidad y la conciencia de

¹ Primer centro de investigación creado en Chile y en América Latina y el Caribe (ALAC), dedicado al estudio teórico y metodológico de la educación inclusiva, articula su trabajo desde una perspectiva inter, post- y para-disciplinar. Institución internacional afiliada al Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y al International Consortium of Critical Theory Programs (ICCTP), EE.UU.

² No sólo posee la capacidad de performar, sino de deformar –llevar a otros rumbos– nuestras pasiones, afectos, imaginaciones, siempre hacia proyecciones audaces.

los ciudadanos –principio de audibilidad³–. Tanto la lectura como las prácticas letradas configuran un espacio que fomenta el despliegue de subjetividades políticas, convirtiéndose así, en un vector de movilización de la acción social y cultural. Los entendimientos implicados en el derecho a la lectura cristalizan un corpus de sentidos, imágenes y prácticas políticas que desafían las formas canónicas de justicia cultural –redistribución– y justicia cognitiva –reconocimiento⁴–, equidad y ciudadanía lectora. Si bien, las categorías de *lectura, prácticas letradas, eventos letrados, configuraciones espaciales del derecho a la lectura y praxis cultural*, entre otras; son el resultado de un complejo entramado de formaciones sociales y discursivas específicas, cuyas articulaciones se sustentan en un locus de relaciones que oscilan entre lo político, lo social, lo cotidiano, lo afectivo, lo sensible, lo imaginativo, lo simbólico y lo temporo-espacial, dando paso a una red de fugas inquietas, posibilitando que no podamos hablar de una única forma de aproximación y práctica del derecho a la lectura. Exigencia analítica que, en parte, significa a la lectura⁵ –tecnología de semiotización cultural– en tanto categoría compleja y contingente a nivel histórico, social y político, que sólo acontece en el movimiento, la irrupción y el giro. Lo político de esta, no reside, exclusivamente, en la intervención en los sistemas-mundo, sino más bien, configura una singular fuerza de performatividad crítica abierta a la captura de un proyecto de interpellación, criticidad y de disenso cuya orientación trabaja para destrabar las formas de dominación cultural y la producción de obstáculos complejos que sustentan las articulaciones de determinadas culturas letradas. Como tal, es siempre un hecho histórico que circunscribe a un singular encuadre temporo-cultural. Su poder político incide en la modelización de la subjetividad de los ciudadanos, en la producción de sus marcos de valores, formas agenciales y estrategias de presencia en el sistema-mundo.

La lectura concebida como política del disenso y función semiótica de carácter heterodoxa impuesta por la inclusión, subvierte las formas de ordenación y clasificación de sujetos y objetos a través del pensamiento de lo idéntico. Evita la proliferación de sistemas intelectuales que conduzcan a la imposición de una concepción y de una praxis ciega de justicia (Santos, 2009), centrada exclusivamente en la lógica de los ‘todos colectivos’ –énfasis analítico del paradigma distributivo⁶– y de procesos que abogan y garanticen por la imposición de una estrategia articulada sobre la metáfora de ‘inclusión a lo mismo’. El umbral ‘lectura e inclusión’ –y-cidad– comparten la preocupación referida a la creación de una estructura analítica y de una praxis de subversión y transformación del mundo.

³ Principio determinado por Ocampo (2019). Forma parte de las once propiedades centrales del adjetivo ‘inclusiva’, entre ellas, el principio de audibilidad explica la forma en que este discurso moviliza estados de conciencia y esculpe la realidad.

⁴ Aspecto clave en la producción de la subjetividad.

⁵ En adelante, objeto sensible.

⁶ Principal crítica esbozada por Young (2002).

En sí mismas, son un dispositivo de performatividad e intimidad crítica. Al mismo tiempo, se convierten en estrategias de intervención, actuación y configuración de lo social. La dimensión política de la lectura ofrece un marco de interpretación para concebir a los lectores como sujetos políticos –categorías históricamente construidas–, que son el resultado de un proyecto nación y de singulares relaciones espacio-temporales. A través de la comprensión epistemológica de la educación inclusiva creada por Ocampo (2018), brinda herramientas para superar la concepción de sujeto sometido a condiciones de modelización y/o producción de la subjetividad, debido, en parte, a construir un nuevo sistema de subjetividad, desconfigura toda forma y tecnología de normatividad, afectando a los modos tradicionales de cristalización de las identidades políticas de los ciudadanos.

Si bien, el estudio de la subjetividad posee diversos planos y aristas entrelazadas, estas, en cierta medida, son el resultado de complejas articulaciones inscritas en la matriz cultural y de poder, establece nuevos vínculos con lo político y la política. En su investigación desempeña un papel crucial la imaginación y la creatividad político-epistémica. La lectura y sus prácticas acontecen en un escenario regulado por un ‘exterior-constitutivo’, un lugar, una espacialidad y unidad relacional que no se cierra, se encuentra en permanente movimiento, apertura, giro y redoblamiento. En efecto, dicha comprensión “exige una aproximación crítica, tanto a los contenidos subjetivos, como a los dispositivos de poder que buscan imponer un modo determinado de producción de sociedad y de sujetos” (Martínez y Cubides, 2012, p.178). La lectura y las condiciones de aseguramiento de su derecho, cristalizan una determinada práctica de participación política cuya incidencia en la subjetividad es el resultado de un determinado orden sociopolítico, fomenta una forma específica de recuperación del lazo social. Cada una de “estas formas subjetivas constituidas políticamente se entraman permanentemente con otras subjetividades, por lo que los sentidos acerca de la política se elaboran en forma colectiva, aunque nos acerquemos a ellos a partir de un sujeto (particular) que siente, que habla, que hace” (Bonvillani, 2012, p.193).

La lectura en tanto subjetividad política establece un lazo de recuperación del sujeto con sus formas agenciales –instaura un sistema de re-cognición crítica en su legitimidad– configura una operación a favor de la emancipación. La lectura es un dispositivo eminentemente político y subjetivante, fomenta la desarticulación de las lógicas culturales de funcionamiento institucional y sus respectivos sistemas de legitimación –se opone al ideal liberal de igualdad y justicia de carácter burgués–. En sí misma, es un proceso emancipador. En tanto proceso de subjetivación se funda en la creación de lo posible y en la desidentificación, lo que para Rancière (2006), sugiere la “puesta en práctica de la igualdad (...) por personas que están juntas y que por tanto están ‘entre’. Es un cruce de identidades que descansan sobre un

cruce de nombres: nombres que ligan (...) un ser a un no-ser o a un ser-porvenir” (p. 22).

La emancipación a través de la política de la diferencia aplicada a la comprensión del derecho a la lectura en clave relacional, ofrece una comprensión situada de la categoría de ‘inclusión’ en tanto expresión de la historia de la conciencia y praxis crítica de los movimientos emancipatorios inscribe su actividad en el pluralismo cultural y ciudadano, cuya racionalidad a juicio de Young (2002), contribuye a eliminar las diferencias asociadas a determinados grupos sociales y culturales mediante un patrón de regulación interpretativa fundado en la ausencia de reciprocidad, legitimando una opción analítica que entiende las diferencias como algo negativo –problema ontológico de los grupos sociales–. La transitividad al imponer el signo del pluralismo, asume un cambio ligado a la comprensión de la igualdad, la justicia y la equidad en el marco las diferencias, instala nuevas formas de respeto y convivencia, a objeto de evitar la proliferación de opciones políticas y éticas de carácter compensatorias y asimilacionistas significadas como parte de una política de diferencia e inclusión. Una política de inclusión y diferencia centrada en la asimilación, la acomodación y la incorporación a lo mismo –metáfora: ‘inclusión a lo mismo’– trabaja para negar y encubrir la multiplicidad de desventajas, opresiones y dominaciones que tienen lugar en la configuración de las prácticas letradas. En efecto, dicho sistema interpretativo opera en términos de un dispositivo de regeneración sistemática y performativa que contribuye a la reproducción del paternalismo, la exclusión y políticas arbitrarias de equidad y justicia social y educativa, trazando particulares circunstancias para cada colectividad. Estas cegueras hacia la comprensión política, relacional, multinivel y multidimensional de la diferencia colocan a diversos colectivos en situación de desventaja, o bien, ofrecen respuestas de compensación, fundamentalmente, articuladas mediante dispositivos de asimilación a lo que genera condiciones de freno al autodesarrollo. Es necesario aprender a comprender las reglas de funcionamiento institucional de la sociedad –las que a su vez, son constitutivas y regulativas del sistema educativo en su conjunto–.

Una de las principales tensiones analíticas que enfrenta la ‘diferencia’ en lo más profundo del campo de la educación inclusiva y la lucha por la justicia social real, consiste en la producción de una concepción de la diferencia de carácter absolutista y dependiente de los universalismos –como expongo en la sección que exploro la relación entre los Estudios Postcoloniales y los Nuevos Estudios de Literacidad–, consagrando un campo intelectual y político con énfasis en lo categorial. La diferencia en esta concepción –hegemónica y arbitraria– es construida en tanto sujeto sin naturaleza común con determinados grupos neutrales, articulando la proliferación de un campo analítico de oposición categorial destinada a reprimir y esencializar la acción cultural de una amplia multiplicidad de ciudadanos. La

comprensión epistemológica de la educación inclusiva asume que es la singularidad el vector analítico clave en la constitución de su política ontológica, precedido por una morfología que asume la diferencia en términos de variación, heterogeneidad y multiplicidad. Bajo esta perspectiva, rechaza la ficción de comparación que instalan los planteamientos liberalistas de la educación inclusiva a partir de las interacciones de diferentes colectivos y grupos sociales. La comprensión relacional de la educación inclusiva, y, particularmente, del derecho a la lectura, que hemos desarrollado desde el Centro de Estudios Latinoamericanos de Educación Inclusiva (CELEI) –singular forma de figuración creativa–, contribuye a descentrar la posición universal de los grupos privilegiados, así como, sus atributos de homogenización y cosificación del sujeto, permite focalizar en aquellas formas entrelazadas que articulan mecanismos de dominación y opresión a través de la cultura, rescatando el papel de la subalternidad y deconstruyendo los régimenes de verdad que sustentan las articulaciones de la cultura popular. Intenciona un significado de la diferencia a partir de un análisis relacional y multinivel.

Tal como abordo a lo largo del capítulo, el discurso hegemónico significado como educación inclusiva a través los planteamientos liberales, reafirma, un ideal de asimilación y arbitrariedad como sinónimo de un ideal de diversidad y diferencia. Wassertron (1997), quien establece esta vincularidad, observa que, dicha operación analítica manifiesta un conjunto de desventajas sociales que afectan a determinados ciudadanos, restringiendo la cristalización de diversas formas de igualdad y justicia en materia de derecho a la educación y la lectura, preferentemente. El imperativo ético es crear canales de participación centrados en la multiplicidad de singularidades sin generar procesos de diferenciación, imperativo que exige mapear los dispositivos y los significados complejos construidos en torno a la justicia, la igualdad, la equidad y el funcionamiento de las estructuras sociales, educativas, políticas, culturales y económicas. En este escenario, la lectura desempeña un papel centrado en la liberación e intervención en el mundo.

Las condiciones de aseguramiento del derecho a la educación y a la lectura han de ampararse, políticamente, en la multiplicidad, concebida como un todo compuesto por partes singularmente singularizantes –universo mosaico–, se propone denunciar las múltiples formas en las que opera la política de las opresiones a través del acceso y participación de la cultura letrada. Una de las interrogantes críticas que ha de responder toda política pública centrada en la construcción permanente de justicia y potenciación de la acción cultural, observa, críticamente, cómo los planteamientos de la inclusión, la igualdad y la equidad van en contra de la multiplicidad de formas de opresión –freno al autodesarrollo– y dominación –trabas a la autodeterminación– constitutivas y regulativas del sistema-mundo. Una de las preocupaciones centrales de las condiciones de aseguramiento del derecho a la lectura, desde una perspectiva relacional, analiza los ejes de producción y

funcionamiento –en permanente movilidad– de un conjunto de procesos institucionales sistemáticos que impiden que las personas hagan una variedad de cosas en beneficio de la humanidad, específicamente, satisfacer sus necesidades sociales y culturales, etc. La lectura en tanto tecnología de intervención en el sistema-mundo se convierte en un poderoso mecanismo de toma de conciencia, planteamiento freiriano que asume que, aquellos grupos de ciudadanos que han sido objeto de opresión, forjan una conciencia altamente comprometida con una amplia variedad de formas de injusticias. En este marco, la actividad sígnica de la opresión y la dominación desempeñan un papel sustantivo en la producción de otras formas analíticas y ángulos de visión.

Para Young (2002, p.156), la justicia social refiere a un complejo entramado de condiciones institucionales que permiten a las personas –sin diferencia alguna– adquirir y desarrollar un conjunto de capacidades para intervenir críticamente en una variedad de contextos. Concebida así, la justicia coincide con la lectura en una actividad hermenéutica y encara un corpus de resultados redistributivos. Una de las principales problemáticas analítico-metodológicas que enfrenta la justicia reside en la concepción del compromiso social que persigue. Si bien, la concepción liberal de justicia social se articula en premisas de la sociedad industrial intentando asegurar un amplio espectro de condiciones básicas, en cierta medida, esta opción, se vuelve infértil, no por su dilema ético, sino, por el carácter universal de sus medidas estrechamente vinculadas a la cristalización de la política occidental orientada a asegurar lo mismo para todos –‘todos colectivos’, cuya función reside en la universalidad y la homogenización–. La lectura y la inclusión nuevamente coinciden y comparten la función de ser una de las condiciones claves de la justicia social. Sin embargo, la concepción de justicia que propongo adopta un carácter relacional, centrado en la comprensión multinivel de las formas de producción de la dominación –trabas a la autodeterminación– y la opresión –freno al autodesarrollo– articulando diferentes ejes de desigualdades. La comprensión y el poder de la justicia se encuentran estrechamente vinculados a la gramática del contrato social adoptado por las sociedades occidentales. La lectura en tanto dispositivo de justicia fomenta

[...] la oportunidad de participar en las decisiones colectivas que afectan a nuestras acciones, o a las condiciones de nuestras acciones, propicia el desarrollo de la capacidad de pensar sobre nuestras propias necesidades en relación con las necesidades de otras personas, interesamos por la relación entre las demás personas y las instituciones sociales, razonar y ejercer las capacidades de articulación y persuasión, etc. Más aún, solo esta participación puede dar a las personas una sensación de relación activa con las instituciones y procesos sociales, una sensación de que las relaciones sociales no son naturales sino que están sujetas a la invención y al cambio (Young, 2002, p.158-159).

Uno de los desafíos que enfrenta la praxis del derecho a la lectura consiste en la creación de reglas justas de cooperación cultural, apoyadas sobre una concepción compleja de redistribución, equidad, justicia e igualdad. La persistente desigualdad en el acceso y apropiación de los bienes cultural y las formas de redistribución del derecho a la educación y a la lectura, obedece a un problema de configuración de las reglas institucionales de funcionamiento de la sociedad, ellas, fomentan la violación sistemática de ambos derechos. Se hace necesaria la creación de dispositivos que permitan monitorear la mecánica de configuración de dichas reglas y sus desviaciones, especialmente, a través de un examen relacional concebido como el producto de procesos sociales. En tal caso, una política de educación inclusiva real o auténtica, a partir de los principios de exterioridad, comprende que es infértil tratar a todas las personas con los mismos principios, reglas y criterios de justicia. A esta concepción, Wassertron (1997) denomina, igualdad compleja, y, Ocampo (2019) justicia compleja. Concibe los derechos como algo en permanente movimiento, cambio y transformación, no supone una concepción de individualidad –idea que desde Freud, ha sido concebida como sistema de razonamiento involucrado en la producción de masas o seres homogéneos–, trabaja para superar la matriz interpretativa articulada sobre sistemas de oposición excluyentes. El campo de la educación inclusiva y el derecho a la lectura expresan una singularidad basada, fundamentalmente, en la especificidad de variación e irrupción. La comprensión relacional del derecho a la lectura deslinda un conjunto de dependencias de dispositivos de universalización, estructuras analíticas que conciben a los sujetos de la inclusión en tanto víctimas de la matriz colonial del poder, del saber y del ser. Concebida así, la diferencia y la redistribución de derechos “se presentan no como una descripción de los atributos de un grupo, sino como una función de las relaciones entre grupos y de la interacción de los grupos con las instituciones” (Young, 2002, p.288).

El examen relacional del derecho a la lectura y de los obstáculos complejos que proliferan y circulan en la interioridad del espacio político-pedagógico de la inclusión, la diferencia y cada tecnología del poder –exclusión, opresión, dominación, violencia estructural, racismo, discriminación silencia, etc.– operan contextualizadamente. El problema ontológico de los grupos sociales constituye uno de los resultados más evidentes de la ingeniería del liberalismo. En tal caso, la comprensión del derecho a la lectura converge a partir del “resultado relacional de interacciones, significados y afinidades de acuerdo con las cuales las personas se identifican unas con otras” (Young, 2002, p. 383). La inclusión es eminentemente relacional, adopta el compromiso con una variedad de significados, construye una comprensión de grupos sociales sin opresión y esencialización.

Aproximaciones teóricas en torno a los Nuevos Estudios de Literacidad: observaciones desde los Estudios sobre Educación Inclusiva

Los Nuevos Estudios de Literacidad constituyen una corriente teórica en la que la lectura en tanto praxis social, política y cultural, es puesta en contexto, es decir, rescata el papel situado de su intervención de carácter multinivel en la multiplicidad de estructuras constitutivas de los sistemas-mundo. Desde la contribución de la etnografía, la lectura constituye una práctica socio-histórica situada, producto de complejas articulaciones del poder. En este punto, coincide con la corriente discursiva francesa impulsada por Pêcheux (1969), al destacar que, “no hay discurso sin sujeto y no hay sujeto sin ideología: el individuo es interpelado en sujeto por la ideología y de esa forma que la lengua tiene sentido” (Orlandi, 2012, p.23). Coinciendo con Street (2004), la ideología desempeña un papel crucial en los Nuevos Estudios de Literacidad, sin embargo, no adscribe al significante proporcionado por exegetas franceses que inscriben su fuerza analítica en la falta de conciencia, más bien, construyen una imagen sobre la ideología próxima a la resistencia, a la invención de otros mundos y la creatividad. En los Nuevos Estudios de Literacidad la ideología se convierte en un patrón de analítico en resistencia o bien, en una estrategia micropolítica de carácter analítica e interpretativa. Es una herramienta central en la actividad del análisis cultural.

La lectura en los Nuevos Estudios de Literacidad, supera la visión instrumentalizadora ratificada comúnmente por la escolarización dedicada a la extracción de información y su comprensión, así como, al manejo de un conjunto de signos. Su potencialidad analítica reside en la articulación de un conjunto de prácticas sociales permanentemente reconstruidas en lo más intrínseco de cada comunidad. Toma prestado desde la geografía espacial impulsada por Massey (1994), una comprensión micro-escalal sobre las configuraciones de la exclusión en territorios geográficos y simbólicos particulares, mientras que, desde la noción de cartografía permite describir las prácticas de memoria que una determinada comunidad expresa en relación a su presencia en el sistema-mundo.

En los Nuevos Estudios de Literacidad la lectura constituye una práctica social, política y cultural situada, describe un repertorio de complejos procesos de carácter interactivo y contextual, fabrica un nuevo objeto de análisis y un proyecto de conocimiento que emerge desde la trama micropolítica, es decir, de las acciones que determinadas comunidades emprenden en su aproximación a la alfabetización, crea un mapa en torno a ella. Uno de los principios clave de la literacidad que coinciden con los axiomas de la comprensión epistemológica de la educación inclusiva propuesta por el autor de este trabajo, consiste en el principio de heterotopicalidad, a través del cual, se observa la presencia de una amplia variedad y multiplicidad de singularidades epistémicas y analíticas que dan vida a dicho

territorio heurístico. En otras palabras, lo múltiple permite recoger la presencia de varias formas de literacidades, coherentes con la noción de múltiples singularidades, es decir, cada singularidad articula un modo específico de literacidad en el seno de su comunidad, dando paso a un corpus de nuevos alfabetismos, muchas veces opuestos a las articulaciones legitimadas por las estructuras educativas y sus respectivas políticas educativas y culturales. Un concepto clave en la comprensión de la dimensión social de la lectura es el de evento de *alfabetización*, permite examinar las funciones a partir del tipo de interacciones y procesos interpretativos que tienen lugar entre sus interlocutores. Todo evento de alfabetización fomenta una naturaleza situada de carácter multidimensional. De acuerdo con González Landa (1990), “la complejidad del contexto alfabetizador actual se asienta en esta pluralidad que se manifiesta en diversos planos, pues leer y escribir se realizan en muy distintos entornos y situaciones, por diferentes usuarios, con diferentes textos, en diferentes modalidades, soportes, grados de atención, para fines diferentes” (p.159).

Barton y Hamilton (2004), describen los Nuevos Estudios de Literacidad a través de una heurística de carácter interdisciplinaria, regionalización que comparte un conjunto de influencias y preocupaciones paralelas con diversos campos procedentes de las Ciencias Sociales, adentrándose en la producción de nuevas categorías de análisis que atienden a un conjunto de eventos sociales, culturales, políticos e individuales; constituyen un punto de convergencia y mutación del pensamiento que emerge del análisis del “micromundo de interacciones sociales y discurso o en el macromundo de las instituciones sociales y el cambio global, las diferentes disciplinas han elaborado diversos aspectos de la relación entre acción y estructura” (Barton y Hamilton, 2004, p.128).

Desde una perspectiva foucaultiana, los Nuevos Estudios de Literacidad asumen que la lectura es un dispositivo de acción e intervención cultural configurada en el marco de un conjunto de formaciones sociales e ideológicas específicas, en otras palabras, mediante operatorias particulares del poder. Todo ello, condiciona el funcionamiento de las prácticas letradas. Coincide con la región dedicada a la corriente discursiva francesa desarrollada por Pêcheux (1975) y Orlandi (2012), ciertamente, el existen muchas maneras de estudiar la lectura –actividad hermenéutica–, el propósito central de los Nuevos Estudios de Literacidad se convierte en una excedencia disciplinaria a lo planteado históricamente por la corriente psicologista de esta, se propone abordar la lectura en tanto fenómeno político-cultural, centra su actividad en la intersección de análisis entre una amplia variedad de campos de investigación, proyectos de conocimientos y estrategias de análisis, así como, discursos letrados, agencias culturales y estructuras de poder que participan en la cristalización de un amplio espectro de modalidades de alfabetización. Comparte con la corriente discursiva francesa el entendimiento que

reconoce en la lectura un sistema de mediación entre cada singularidad, subjetividad y comunidad interpretativa y la realidad social, política y cultural en la que esta acontece, fomenta “la permanencia y la continuidad como también el dislocamiento y la transformación del hombre y la realidad en que vive. El trabajo simbólico del discurso está en la base de la producción de la existencia humana” (Orlandi, 2012, p.22).

De acuerdo con lo anterior, la lectura no reduce su campo de actividad a la interacción con un conjunto de signos, sino que trabaja para intervenir en el mundo, construyendo y legitimando singulares formas de producción de sentido como agentes pertenecientes a una determinada comunidad. Los Nuevos Estudios de Literacidad conciben al hombre en su historia, “articulan de un modo particular los conocimientos del campo de las Ciencias Sociales con los de dominio de la Lingüística. Esa articulación, fundándose en una reflexión sobre la historia de la epistemología y de la filosofía del conocimiento empírico, busca la transformación de la práctica de las ciencias sociales y también la de los estudios del lenguaje” (Orlandi, 2012, p.22). En esta perspectiva, la lectura se convierte en un objeto sensible, socio-histórico y socio-político, concibe las prácticas letradas como un espacio materializado por la ideología y por relaciones del poder, trabaja en la articulación lengua-discurso-ideología.

Al concebirse como un dispositivo escultórico y de intervención en el mundo, deviene en un mecanismo de producción de sentidos, asume que el lector-ciudadano es un agente interpelado por la ideología, operatoria mediante la cual alcanza sentido. La lectura deviene en una materialidad simbólica significativa. En la circunscripción intelectual designada por los Nuevos Estudios de Literacidad, la lectura es el producto de complejas mediaciones entre el entorno, la cultura y el carácter situacional de su operación, su ensamblaje intelectual opera en los intersticios de campos y proyectos de conocimientos, tales como, la etnografía de la lectura, la educación social y la alfabetización situada, etc., en ella, cada texto se encuentra sociopolíticamente localizado. Una de las preocupaciones más significativas que comparto en este trabajo con los Nuevos Estudios de Literacidad, reside en la necesidad de explorar cómo cada comunidad interpretativa desarrolla singulares mecanismos de alfabetización y unos determinados marcos de valores que orientan su intervención en el sistema-mundo, delimitando modalidades específicas de configuración y acceso a la cultura letrada. La etnografía de la lectura no se reduce exclusivamente a la configuración de los espacios –lugares, no-lugares– en los que se lleva a cabo la tarea de leer, y, más concretamente, el dominio de las prácticas letradas. Atiende más bien, a los ejes de funcionamiento de la agencia cultural y política de cada comunidad interpretativa.

Los Nuevos Estudios de Literacidad ofrecen una red de análisis que permiten cartografiar la proliferación de esencialismos de diversa naturaleza en la configuración de las prácticas letradas. Recurriendo a la contribución de la *metodología de conciencia oposicional* elaborada por Sandoval (2001) y la corriente *interseccional* (Hill Collins, 2012), la lectura deviene en un dispositivo de cruce de límites trasformadores permanentes a favor de la transformación social. En efecto, fomenta la indagación situada acerca de los mecanismos de actuación de las estructuras educativas, sociales y culturales que dan lugar a configuraciones espaciales de la exclusión, la opresión y la dominación, preferentemente. La metodología de conciencia oposicional como estrategia analítica, inaugura una *conciencia oposicional diferencial*, una forma de *ideología-praxis* que se resiste al conjunto de categorías reduccionistas y binarias que sustentan la gramática analítica de los procesos de resistencias, relegamientos, exclusiones y frenos al auto-desarrollo en materia de educación lectora y justicia social. Su potencialidad analítica ofrece una comprensión compleja acerca de las configuraciones de la conciencia contemporánea.

La literacidad inaugura nuevas posibilidades analíticas y metodológicas, proporcionando un marco que propende a la investigación de las prácticas letradas en contextos socioculturales y políticos específicos. Se convierten en un concepto analítico de experimentación de la cultura, del pensamiento y de la acción política. Me interesa en esta oportunidad, emplear el concepto en plural, a objeto de contribuir a sistematizar un marco analítico capaz de descentrar los modos cognitivos dominantes implicados en su ejercicio, atraviesa y nutre campos de orden histórico, social, político, cultural, etc. Concebida así, se convierte en un dispositivo de intermediación heurística que devela una poderosa praxis situada regulada por un conjunto de disposiciones internas que trazan el funcionamiento de una formación social específica. En otras palabras, las modalidades de regulación de dicha formación inciden en los modos de configuración de sentido y ejercicio de las prácticas letradas. A su vez, coincido con Gee (2015), respecto que, las modalidades de interacción con la cultura y sus diversos formatos se encuentran mediadas por un conjunto de valores y prácticas, denota una articulación micropolítica⁷ por naturaleza. Obedece a una configuración molecular. Cada comunidad traza una singular ingeniería de eventos letrados o procesos de interacción entre los ciudadanos-lectores, las gramáticas de culturización y los ejes de configuración de sus dispositivos analíticos e intervención cultural y política, etc. Todo ello, reafirma la co-existencia y co-presencialidad de una multiplicidad de culturas letradas con efectos y alcances diferentes en los más diversos ejes de la sociedad. Interesa relevar en esta oportunidad la literacidad como praxis discursiva, interés analítico que inscribe su fuerza en los planteamientos de la performatividad del lenguaje, es

⁷ Aquí la micropolítica no es de cualquier tipo.

decir, la capacidad de cada persona para usar la lengua en tanto dispositivo de intervención en el sistema-mundo. Atiende al relacionamiento que existe entre lectura, prácticas discursivas e identidad.

Las prácticas discursivas en el contexto de la inclusión, nos hablan sobre la creación de otros modos de concebir el acto y la experiencia educativa, descentran un conjunto de categorías de análisis y perspectivas de desarrollo, afectando a la reconstrucción de los dispositivos de producción de la subjetividad. La inclusión en tanto fenómeno y campo, al participar de las relaciones de poder que interroga, construye un nuevo y singular estilo de subjetividad. Por esta razón, observo necesario analizar mediante la herramienta hermenéutica de ‘lectura minuciosa’, el corpus de regulaciones que inciden en la configuración de dichas prácticas y del tipo de significantes que de ellas se desprenden, afectando poderosamente a la comprensión de los procesos de escolarización. Desde una perspectiva foucaultiana, las regulaciones discursivas son el resultado de complejas operaciones históricas, los conceptos que ensamblan su función de campo de acción son el resultado de mediaciones sociopolíticas y culturales de legitimidad y abducción de ciertos conceptos. Acción que sugiere el despliegue de un trabajo negativo a objeto de liberar cualquier tipo de tensión analítica.

La gramática letrada tradicional –altamente vigente en los procesos de escolarización– conduce a practicar un conjunto de disposiciones de la cultura letrada dominante, contribuyendo a la producción de mapas abstractos del desarrollo, es decir, explicaciones que favorecen a un tipo de niños, al tiempo que, colocan en desmedro la acción cultural, la matriz de saber y la gramática letrada de Otros, significados, como subalternos –edipización de la alteridad–, etc. En tal caso, los desafíos y funciones de la literacidad se encuentran estrechamente vinculados a problemas de orden, eminentemente, políticos. Si bien, la literacidad no se encuentra ajena de los efectos que la lectura y sus modos de abrir el mundo, o bien, cerrarlo a través de determinaciones imperceptibles del poder, intervienen el mundo psíquico de las comunidades interpretantes y de sus lectores. Una orientación de esta naturaleza atenderá a los efectos que la opresión y la dominación –frenos al autodesarrollo cultural, relacional y estructural–, provocan en la psique de las personas.

El estudio de la lectura en tanto praxis cultural, política y social, exige un análisis de carácter relacional, específicamente, de tipo multinivel, cuya organización analítica descentra la eclipsión de formas interpretativas binaristas o dicotómicas, escapa a los usos restrictivos de lo popular, lo subalterno, lo iletrado, lo docto, lo letrado, etc. Operaciones de esta envergadura contribuyen a mutilar el pensamiento, pues, en su dimensión positiva, tienden a romantizar la acción cultural, sustrayéndole poder analítico de subversión e intervención en el sistema- mundo. La contribución de los

estudios de la subalternidad, y, específicamente, de la corriente interseccional, proporcionan poderosos marcos de análisis políticos para examinar el funcionamiento de las desigualdades que acontecen a través del derecho a la lectura. Una dimensión altamente significativa en el estudio de las prácticas culturales, específicamente, las que tienen lugar en la educación –a pesar de que esta, es en sí misma, una praxis cultural–, entre ellas, la lectura, consiste en la comprensión de sus reglas de funcionamiento. De esta observación, se desprenden sus potenciales de efectividad. Cada cultura y acción cultural articula un(os) singular(es) dispositivo(s) de acceso a la cultura letrada. Una comprensión relacional del derecho a la lectura sugiere ecologizar la mente, objetivo de lucha que coincide con los propósitos del pensamiento fronterizo. La lectura es concebida en tanto estrategia de liberación y no domesticación. La literacidad se propone comprender los registros y patrones de funcionamiento de cada comunidad, contribuyendo a modificar las bases de preservación de la memoria cultural, instaura diversos significantes y significados acerca de la función, alcance y sentido de la lectura y la escritura. Su construcción es el resultado dinámico e inquietante de mediaciones, diálogos e interacciones entre diversos aspectos, segmentos y elementos de una comunidad, instaurando formas distintas de organización social, dispositivos de transmisión y funciones.

La literacidad al igual que muchos conceptos, campos de investigación y proyectos de conocimiento, también ha sido afectada por procesos de violenciación epistemológica, es decir, procesos de descrédito, marginación y prácticas de deslegitimación del saber que construye a la luz de un corpus de regulaciones cognitivo-culturales y sociopolíticas legitimadas por la matriz colonial del poder. Operaciones que han cristalizado patrones de homogenización de determinadas prácticas letradas. No obstante, la literacidad articula un proyecto cultural que alberga una “multiplicidad de valores, usos y consecuencias que caracterizan a la escritura como práctica social” (Scribner y Cole, 2004, p.76). La función de la literacidad consiste encontrar sistemas de razonamientos más amplios a los históricamente, proporcionados por la cultura y la Psicología, interesándose por aquello que las comunidades culturales e interpretativas hacen a la luz de la lectura concebida como dispositivo escultórico e intervención crítica en el sistema-mundo. En su centro de análisis, no convergen exclusivamente, preocupaciones relativas a las prácticas sociales y el tipo de representaciones sociales que determinados colectivos y comunidades interpretativas efectúan acerca de esta. Recurriendo al concepto de *red heterogénea de dispersión*, la lectura en tanto praxis de regulación del mundo, devela una triple dimensión que no sólo inscribe su función en lo social y cultural, sino también, en lo político. Si bien, el estudio de la lectura a la luz de los Nuevos Estudios de Literacidad (NEL) expresa un cierto descentramiento en sus marcos interpretativos, en su centro de análisis se entrecruzan diversos niveles de variación cultural. Dominio analítico que abordo desde los procesos de elaboración

situada por la subalternidad y su estrecha relación con la producción de subjetividades y micropolíticas de la diferencia.

La literacidad como objeto de estudio, campo de investigación y praxis crítica, en adelante, los bordes críticos de esta (Ocampo, 2019), atienden comprehensivamente a los patrones de variación de los usos y significados culturales que convergen en el estudio de la lectura, lo que nos lleva a sostener la inexistencia de un único estilo de literacidad, más bien, coexisten una amplia multiplicidad formas de literalidad como mecanismos de intervención en el mundo. Evita la imposición de un singular estilo de literacidad a ciertas comunidades, pues comprende que en dicha intención oscila un cierto marco de violencia epistémica. La literacidad es, sin duda, una transacción político-cultural, un dispositivo analítico y metodológico en sí mismo, escapa a las formas lingüísticas y letradas entrecomilladas reproducidas en diversos escenarios de la escolarización. En tanto proyecto de conocimiento reconoce que participa de las relaciones de poder que interroga –al igual que la inclusión y la interseccionalidad–, deslinda un conjunto de mecanismos que pueden o no, contribuir a reproducir los intereses de una determinada forma política –igualmente, regulada al interior de una formación social específica-. En tanto proyecto de conocimiento siempre se encuentra vinculada al conjunto de prácticas reales que tienen lugar en diversos espacios culturales. Implícitamente, a pesar de desempeñar un marcado carácter ideológico, ofrece un repertorio de eventos analíticos que posibilitan analizar las operatorias del poder –en sus diversas expresiones– en la conformación del sistema-mundo, especialmente, en la intimidad crítica que designa los procesos de escolarización. Cada cultura y práctica letrada entraña una singular condición de especificidad diferencial. En tanto dispositivo de intervención cultural situada –en adelante, la intervención es sinónimo de método, ya que en sí misma, impone un repertorio analítico propio– orientado a maximizar la creatividad y las necesidades, los intereses y las motivaciones de cada grupo, colectividad y escenario de ciudadanías en el que acontecen. Como expondré en algunas secciones posteriores, la literacidad no puede entenderse sin ofrecer una descripción pormenorizada sobre la micropraxis en la que se inserta, y, específicamente, las agencias y dispositivos de subjetivación que de ella se desprenden. Es fuente de incidencia en el devenir de la subjetividad, fortalece su dimensión política.

La lectura es siempre un impulso de creatividad, una pulsión de resistencia y un deseo de intervención y dislocación del sistema-mundo. En sí misma, denota una configuración heurística, persigue el desarrollo de los patrones de funcionamiento de la ideología en tanto punto de tensión/mutación entre diversas agencias y acciones culturales. Si la literacidad es una práctica de liberación e intervención crítica y micropolítica en el mundo, su acción ha de centrarse en la configuración de condiciones que contribuyan a la superación de la opresión y la

dominación, evita consolidar disposiciones que aumenten el estigma en determinados grupos. La noción de acontecimiento proporcionada por la filosofía contemporánea, contribuye en mi trabajo a proporcionar sólidas comprensiones e imágenes para producir lo posible o bien, crear otros mundos a partir de la intervención cultural concebida en términos de líneas de fuga. Como tal, “la construcción de la literacidad está imbricada en las prácticas discursivas y en las relaciones de poder en la vida cotidiana: está socialmente construida, materialmente producida, moralmente regulada y tiene un significado simbólico que no puede reducirse a ninguno de estos” (Rockhill, 2004, p.80).

La literacidad, en sí misma, constituye un proyecto de conocimiento en resistencia, un compromiso ético y un proyecto político con un mandato poderoso de transformación del mundo e interpellación de toda forma de hegemonía cultural destinada a mutilar la revolución molecular. La literacidad coincide con la comprensión epistemológica de la educación inclusiva expuesta por Ocampo (2018 y 2019) en el propósito deconstrucionista de los modelos y discursos dominantes sobre la escolarización y la alfabetización. Si bien, la noción de otros espacios puede resultar en una trampa retórica, o bien, devenir en un cierto efecto discursivo ingenuo (Giroux, 1997) al no designar un conjunto de directrices para su materialización. Las prácticas y culturas letradas son espacios de alta densidad ideológica, entendiendo a esta, como un proceso creativo, de resistencia y transformación que nutren la agencia y la acción cultural de singulares colectivos de ciudadanos.

Epistemológicamente, la literacidad en tanto táctica analítica devela un conjunto de estrategias de novedosidad –en la literatura deleuziana, las novedosidades constituyen estrategias de cambio basadas sobre más de lo mismo, lo que en términos derridianos, son asimilables a las políticas de falsa deconstrucción-. Sumado a ello, la presencia de un contexto social escasamente limitado como objeto de análisis, neutralizando su inscripción en estructuras de poder y prácticas investigativas devenidas en “suposiciones sobre la «neutralidad» del objeto de estudio; y, desde el punto de vista lingüístico, la restricción del «significado» en el nivel de la sintaxis” (Street, 2004, p.85). La literacidad bajo ningún punto de vista constituye una operación independiente del contexto social, cultural, político y cívico en el que acontece; encuentra su función en el significado real de las prácticas letradas que tienen lugar en el corazón de la experiencia intersubjetiva de las personas. La literacidad se encuentra estrechamente ligada al conjunto de estructuras culturales, ideológicas y de poder, articula su inscripción en torno a estas. Cada comunidad interpretativa y grupo cultural desarrolla un singular modo de agenciamiento letrado de naturaleza múltiple, interesándose por develar el conjunto de compromisos –éticos y políticos– implícitos que asumen determinadas prácticas letradas en la reproducción, transformación o bien, erradicación de

condiciones de dominación y opresión, conceptos centrales desde mi posición teórica y política, puesto que, constituyen frenos al autodesarrollo. En este marco, las prácticas letradas son, siempre, el resultado de complejas articulaciones del poder y sus formatos operando mediante mascaradas y singulares patrones de regeneración sistemática que, “en la antropología, la sociolingüística y los estudios culturales contemporáneos, donde la ideología es el punto de tensión entre, por una parte, autoridad y poder y, por otra, resistencia y creatividad” (Street, 2004, p.89).

¿Cómo entender la comprensión de la literacidad y sus praxis a través de los mecanismos re-cognoscitivos proporcionados por la inclusión y la justicia social? Como aproximación preliminar, ofreceré una respuesta desde lo que he denominado ‘lectura como método’, convergencia analítica que recoge un corpus de planteamientos y rutas de trabajo proporcionadas, en su mayoría, por las directrices centrales que he venido ofreciendo en variados trabajos sobre epistemología de la educación inclusiva, acompañada por una diversidad de campos y conceptos, capturados mediante una operación extra-disciplinaria por redoblamiento. La configuración de un dispositivo cognoscitivo en materia de lectura, recurre a la contribución desarrollada por Smith (1999) en su célebre obra: “*A descolonizar las metodologías. Investigación y pueblos indígenas*”. La ‘lectura como método’ ofrece la construcción de una estrategia analítica destinada a examinar, cómo determinados andamiajes sociales, culturales y políticos inscriben un sistema mediacional a través del lenguaje escrito. Su interés reside en la creación de un ensamblado analítico que, comparte la premisa planteada por Smith (1999), en relación al “contexto en el cual se conceptualizan y proyectan los problemas de investigación, y las implicancias de la investigación para sus participantes y para las comunidades de estos” (p.11). El estudio de la lectura en su dimensión política atiende al estilo de prácticas que configuran y que participan de las relaciones de poder que interrogan, examina cómo determinados proyectos de conocimiento trabajan a favor de su reproducción o emancipación. Analiza, significativamente, el tipo de ausencias, omisiones, invisibilidades y garantías académicas e institucionales que tienen lugar en la organización de determinadas prácticas de investigación.

Lo político de la lectura reside en lo singular. Si bien, la frase: ‘lo político’, generalmente se emplea de forma imprecisa, en ocasiones, es adoptado en tanto dispositivo de circulación al interior de las estructuras académicas –acción propia del liberalismo académico–. Lo político es algo que acontece en el mundo, es lo que da vida y estructura su funcionamiento. De acuerdo con Mouffe (2007), lo político es un vector constitutivo del antagonismo de las sociedades, es fuente de pugna, de conflicto, una política del desacuerdo. Su contenido connotativo remite a una condición de pluralidad y diferencia, a través del dispositivo de la lectura colabora con la producción de un mundo de significados, en prácticas y sistemas vinculares

de implicación del poder. Lo político es un concepto inherente a los Nuevos Estudios de Literacidad, a través de ella, accedemos a la comprensión pluralista del mundo social y cultural, a través de la noción de singularidad evitamos violentar las agencias y particularidades de un determinado grupo cultural, esto es, “lo singular es lo que mantiene la diferencia sin convertirla en un terreno (generalizable) para la identidad del grupo” (Bal, 2017, p.90).

La lectura como condición de dominio político acontece en singulares espacios de relación, ejecuta un corpus de actos democráticos, crea condiciones para que sus lectores-ciudadanos elaboren juicios acerca la equidad, la inclusión, la creación de otros formatos de vidas, la justicia, la creación de condiciones más democráticas, etc., libera los silenciamientos de la agencia, “lugares donde, en cambio, las sentencias de la justicia y los actos de controversia democrática, aun en silencio, en la forma de pensamiento y deliberación, no sólo son permitidos sino potenciados activamente. El arte puede crear estos espacios ausentes” (Bal, 2017, p.91). Trabaja para desbordar una multiplicidad de categorías que sustentan los dispositivos de producción del deseo, procesos de subjetivación, del lenguaje y de las identidades, construye nuevas geometrías capaces de albergar una de las principales propiedades ontológicas de la inclusión: *la multiplicidad de singularidades*.

Lo político de la lectura trabaja en contra de las ciudadanías excluyentes, no renuncia a la complejidad, ni tampoco a su carácter descentrado y crítico, asume una posición de inclusión y justicia situada, que compromete su acción e intervención en el mundo a través de prácticas políticas y conocimientos críticos. Su centro crítico es regulado por la multiplicidad, unidad relacional en el que la diferencia refiere a lo singular, a través del poder heurístico y político que reside en la singularidad destraba la visión entrecamillada que sustentan las diferencias en tanto marcas de indiferencias. La lectura como soporte político e ideológico, interroga cautelosamente el conjunto de operaciones que impone la inclusión y la educación inclusiva en su dimensión global homogeneizadora en el que se pretende ingenuamente igualar a todas las personas, desde la promoción de un marco de equidad y justicia simplista, sin alterar la gramática que regla las diversidad de miserias de mundo. De este modo, su agenda histórica resulta ajena a la heterotopicalidad de tensiones al tomar como referencia a sujetos a través de los cuales difícilmente se lograr desbaratar la matriz colonial del poder, por ejemplo. Un proyecto político en la materia, atiende a las complejas intersecciones que constituyen diversas relaciones de subordinación que marcan la experiencia subjetiva de múltiples colectivos en su paso por la escuela, la vida cívica y social, el trabajo, la biblioteca, el museo, etc. Al concebir la educación inclusiva como un proyecto político, ético y crítico-complejo, exige denunciar el legado racista, opresor y esencialista que se esconde tras los planteamientos de esta y su escasa atención a las realidades de una multiplicidad de sujetos que, por su visage, escapan a las

designaciones legitimadas por la política educativa y la investigación que se propone trabajar a favor de la justicia y la inclusión. Esta política de comprensión del mundo se torna ciega al homogeneizar una multiplicidad de condiciones sistemáticamente persistentes en la vida de las personas.

La lectura como artefacto teórico, político y cultural garantiza procesos capaces de aglutinar una amplia diversidad de esencialismos, opresiones, trabas al auto-desarrollo cultural, cívico y ciudadano, etc., que configuran la experiencia social y democrática de singulares grupos, al tiempo que despliega un conjunto de tecnologías capaces de atender a la especificidad de situaciones concretas. Propongo entender la inclusión no como una forma reduccionista de la transformación social. Más bien, construye un espacio habitable para una totalidad integrada por múltiples singularidades. La lectura se convierte en una tecnología positiva al poder, surge de la atención y reconocimiento de las experiencias de los lectores, cautelosamente, analiza los dominios de producción de una marca o huella significativa de opresión, dominación o esencialismo, tal como indica Karakola (2004), concebida como una relación contingente y situada que traza el poder y funcionamiento de una determinada práctica. Inaugura un análisis en el que,

[...] identificar las especificidades de las opresiones particulares, a comprender su interconexión con otras opresiones y construir modelos de *articulación* política que transformen las posiciones de partida en un diálogo continuo que no renuncie a las diferencias, ni jerarquice o fije a priori posiciones unitarias y excluyentes de víctimas y opresores (Karakola, 2004, p.17).

La y-cudad⁸ ‘lectura e inclusión’ traza una singular política de localización analítica, mediante la cual, son cristalizadas una amplitud de prácticas y modalidades interpretativas cuya especificidad puntualiza sobre un amplio espectro de trabas al autodesarrollo que enfrentan diversos colectivos de personas en su participación en la vida cívica. Me parece plausible, inspirado en Young (2002), analizar las caras de la opresión a través del derecho a la lectura, interrogando el corpus de sobresaltos que enfrentan las categorías de equidad, justicia e inclusión; especialmente, al participar de las relaciones de poder y de las representaciones culturales que interrogan. Propone un marco de análisis con énfasis en la especificidad de nuestros conocimientos, especialmente, aquellos que realmente construyen espacios de intervención crítica en el centro articulador del sistema-mundo.

⁸ Tomo el concepto de ‘y-cudad’ propuesto por Bal (2018) y Deleuze (1987). El campo de producción de la educación inclusiva puede ser designado como y-cudad. La y se emplea en esta oportunidad como un elemento de enlace, constituye una estrategia analítica. En la y-cudad se ponen de manifiesto un conjunto de conexiones que no están visibilizadas por la investigación y los análisis meta-teóricos. No es solamente un sistema de relaciones sino de implicaciones profundas en la construcción del conocimiento. Refleja una singular unión, un plan de composición. Es, ante todo, un campo de experimentación conceptual.

Metodología de conciencia oposicional y los Nuevos Estudios de Literacidad: clave para la transformación de la matriz cultural

En este apartado, analizo el potencial heurístico y político de la lectura y la literalidad, recurriendo a la contribución de Chela Sandoval (2001) en su brillante y lucida obra: “Metodología de oprimidos”, publicada en inglés por University of Minnesota. A modo de inauguración, dedicaré a examinar el conjunto de condiciones que permiten entender la *inclusión como movimiento social diferencial*. Concebida como dispositivo heurístico y proyecto político y ético de carácter crítico-complejo, construye una forma original de conciencia histórica y subjetividad, proporciona una nueva forma de conciencia que escapa a los presupuestos fundacionales impulsados por algunos de sus campos de confluencia más relevantes, ofrece una visión que escapa a las prácticas de muchos movimientos sociales contemporáneos. Fomenta la construcción de proyecto político e histórico-cultural y de conciencia diferente, cuyo ensamblaje va más allá del deseo por la justicia, la igualdad, la creación de vidas más vivibles y la invención de nuevos mundos. Colaboran en su cristalización diversos proyectos a favor de la descolonización del ser, del poder y del saber. La inclusión comparte con el feminismo la acción genealógica emergente de un conjunto de discursos que niegan, o bien, construyen un corpus impedimentos sistemáticos traducidos en trabas al auto-desarrollo, estrategias de injusticia, opresión y desigualdad en sus diversas magnitudes, devenidos en la cristalización de una matriz de opresión, esencialismo y diferencialismo educativo, político, ético y cultural. Da paso a la creación de nuevas formas de contractualismo social y a la emergencia de otras identidades ciudadanas. Al participar de las relaciones de poder y de las representaciones culturales que interroga, la inclusión se convierte en un método de producción autoconsciente de resistencia que “revela un diseño mediante el cual los actores sociales pueden trazar los puntos a través de que pueden encontrarse diferentes ideologías opositoras, a pesar de sus diferentes trayectorias” (Sandoval, 2001, p.20).

La inclusión se convierte en una estrategia analítica de transcodificación de un amplio conjunto de prácticas opositoras. Tal como he sostenido en trabajos anteriores, la inclusión como categoría analítica posee la capacidad albergar una amplia variedad de teorías y enfoques críticos, es un campo de conexión de diversas perspectivas críticas y revolucionarias contemporáneas. Concebida así, constituye un movimiento social de oposición y transformación. Al ser entendida como movimiento social diferencial toma prestada mediante la performatividad de lo rearticulitorio, aportes de diversa envergadura procedentes de movimientos a favor de la mujer, los niños, la lucha antirracista, el género, el sexo, las sexualidades no-normativas, la liberación humana, etc. La inclusión como estrategia escultórica y de intervención en el sistema-mundo, designa un signo heterodoxo y un proyecto

de conocimiento en resistencia, se convierte en un dispositivo de transformación y alteración de los aspectos opresivos que afectan relationalmente a la identidad y a las coordenadas de configuración de lo social. La comprensión epistemológica de la educación inclusiva aporta elementos que contribuyen a materializar tales acciones, especialmente, manifestaciones autoconscientes de la resistencia. No sólo atiende a la proliferación de ideologías de oposiciones, sino que, a nuevas estrategias de resistencias y creatividad –política de imaginación epistémica–, es decir, de ideologías para la construcción de otro mundo –inspirado en la categoría de acontecimiento–.

La inclusión en tanto *proyecto de conocimiento, estrategia analítica y praxis crítica*, crea conscientemente condiciones de liberación y profundos procesos afectivos –creación de otro estilo de subjetividad– devenidos en posturas históricas alterativas del orden social dominante. Fabrica un conocimiento capaz de romper con el corpus de formaciones sociales e ideológicas específicas que articulan profundos procesos, contextos y dinámicas opresivas, de freno al autodesarrollo, esencialistas, etc., dedicadas a romper con su lógica de sentido. Interviene en, desde y a través de dichas formaciones explorando nuevas conexiones con otros objetivos sociales y políticos más amplios, agudiza un compromiso dialéctico con diversas formas ideológicas de liberación y concienciación destinadas a esculpir la transformación. Un proyecto de esta envergadura enfrenta un problema morfológico, es decir, de categorías, destinado a intervenir, dislocar, alterar y transformar las relaciones de poder dominantes. Inaugura una posición ideológica de carácter caleidoscópica.

Para Sandoval (2001), la conciencia diferencial cristaliza un dispositivo de carácter teórico y metodológico, que trabaja a favor de la emergencia de un significante otro acerca de la ideología, operando como un registro completamente diferente de la intervención sobre los procesos de lucha y micro-políticos; inaugura una nueva posición de sujeto, trasciende las demandas del establishment ideológico. Para la teórica feminista, la conciencia diferencial constituye “un movimiento cinético que maniobra, transfigura poéticamente y orquesta a la vez que exige alienación, perversión y reforma tanto en espectadores como en practicantes. La conciencia diferencial es la expresión de la nueva posición del sujeto” (Sandoval, 2001, p.33). La inclusión como estrategia micropolítica –dispositivo de intervención en resistencia– enfrenta el desafío de convertirse en un movimiento de oposición sólido y profundamente subversivo ante una variedad de formas de precarización de la vida en el mundo contemporáneo. La inclusión es una expresión de la historia de la conciencia, es una tecnología de freno a la condición de subalternidad y subordinación del sujeto –aunque estos constituyan formas palimpsesticas en la interioridad de su estructuras–, es una apuesta ontológica crítica de lo menor –política ontológica de la educación inclusiva–. Constituye un paradigma de conciencia diferencial, instala otro estilo de singularidad. Una interrogante

necesaria a nivel epistemológico, críticamente, atiende al conjunto de elementos que la inscriben como un movimiento de liberación. En otras palabras, qué hace que la educación inclusiva se convierta en un movimiento de liberación y no en una expresión del liberalismo tal como hoy aparece en muchos discursos políticos y académicos del mainstream. La inclusión traza un mapa de oposición continua, razón por la cual, asume un estatus de signo heterodoxo, cuyas operatorias tienen lugar en intrincadas “coaliciones con movimientos descolonizadores para la emancipación en afinidades y asociaciones globales. Proporciona retroactivamente una estructura, una teoría y un método para leer y construyendo políticas de identidad, estética y coalición que son vitales para descolonizar la política y la estética posmodernas” (Sandoval, 2001, p.36).

A través del método de conciencia oposicional es posible articular una visión superadora de los clásicos sistemas de razonamientos reduccionistas que imponen el binarismo, en su reemplazo propongo la opción del *pensamiento relacional*, articulando de forma multinivel una variedad de dimensiones productoras de desigualdades estructurales múltiples y representaciones culturales que imponen un significante entrecomillado sobre la potencia humana, la producción del deseo y la subjetividad. Aleja su potencial analítico de la insistencia que organiza su actividad del binarismo incluido/excluido, entiende, que es un proceso complejo y dinámico, en permanente movimiento y transformación de sus ejes de producción. En el enfoque categorial su racionalidad coopta la condición de sujeto –lo ontológico– y ciudadano –lo político–, restringiendo el evento de posibilidades a un conjunto de actos discursivo-ideológicos institucionalizados por una determinada gramática, haciéndole poseedor de esta a determinados sujetos. Mientras que, el aparato cognoscitivo impulsado por el enfoque relacional procura un análisis acerca de los patrones de movimiento de las estructuras sociales, políticas, cultuales y económicas, así como, el tipo dispositivos que en ella producen poblaciones excedentes o en riesgo. Concibe dichas operaciones como sistemas entrelazados entre-sí –cruces poliangulares–. En esta perspectiva, se restituye la condición de ciudadano en potencia, atendiendo a un conjunto de obstáculos de carácter complejos que afectan las trayectorias sociales, escolares y biográficas de los ciudadanos, quienes, interrogan la visión entrecomillada de baja intensidad de su ciudadanía mediante la pregunta: ¿acaso no soy un ciudadano? Se interesa por comprender la experiencia situada de la diferencia y sus modalidades de construcción de conciencia, reflejando una nueva categoría de inclusión y de conceptos que permiten reconfigurar la experiencia de exclusión, opresión y dominación –acciones performativas y regenerativas–. Las operaciones del enfoque relacional conducen a la producción de nuevas categorías sobre las dinámicas multidimensionales de incluido/excluido. Estas premisas, constituyen las bases del análisis inclusivo (Ocampo, 2018).

El análisis inclusivo habita un terreno inexplorado, constituye una demarcación fronteriza, se opone a la concepción de lo común y de la unidad, entendida en términos de homogeneidad. Una de sus premisas fundacionales examina profundamente los ejes de constitución de diversos sistemas de opresión y dominación –frenos al autodesarrollo–, sin ignorar las diferencias que existen entre diversos grupos atravesados por el significante de la indiferencia colectiva y el menoscenso y la ausencia de reciprocidad social, se propone aumentar el grado de variabilidad de la conciencia y de la experiencia de la singularidad. La inclusión como problema teórico asume la tensión heurística de asumir nuevas formas de reconocimiento, consolidando una estética y una praxis que se devela asimismo como un sistema en el que confluyen y se movilizan bajo la lógica del universo-mosaico, un corpus de espacios imaginarios, cuya narrativa legitima otros espacios de conciencia, prácticas y experiencias culturales. El conjunto de ideas presentes en esta sección del trabajo, describen lo que Ocampo (2018) denomina: *conciencia de inclusión y justicia educativa* de las que se desprende la poética de la educación inclusiva y la inclusión.

La teoría y la crítica de la educación inclusiva que he venido desarrollando hace ya varios años, es concebida como un dispositivo heurístico y una metáfora que emerge por vía de un choque de temporalidades, interesa la identificación de los géneros de conciencia inclusiva. En esta visión se analizan cautelosamente cada uno de los conceptos mediante los cuales acontecen regenerativamente los planteamientos liberales que, en cierta medida, fundan la estructura teórica *falsificada y mixta* de educación inclusiva. Como tal, es siempre una operación identitaria, política, ética y estética, configura una matriz en la que confluyen y conviven una variedad de formas de conciencia de oposición. En ella, la singularidad y su carácter múltiple, devienen en expresiones constitutivas de la naturaleza humana, y, especialmente, tecnologías interpretativas y políticas de regulación del mundo contemporáneo. Finalmente, quisiera señalar que, la teoría de la educación inclusiva que aparece en muchos libros de textos académicos, ‘no existe’ como tal, sino más bien, consiste en la articulación de diversas lecturas del mundo de ‘lo especial’ –visión neoespecial– superpuestas con algunas de las ideas de mayor acceso explicitadas por la filosofía de la alteridad. Fundamentalmente, es el resultado de la integración de diversos códigos de ordenación –fuerte imposición de un análisis normativo que restringe la proliferación de políticas de imaginación epistémicas y políticas de intervención del mundo– travestida en términos de supuesta teoría. Denota un alto carácter normativo. Opera a nivel de abducción desmedida de ideas dispersas por diversos campos y regiones de estudio. Carece de sus propios fines políticos y de contornos teóricos claros.

La inclusión en tanto proyecto de conocimiento y praxis crítica plantea un cambio fundamental –y más amplio– en sus alcances políticos y en los métodos críticos de

lecturación del mundo, cuyo conocimiento refuerza un conjunto de coaliciones revolucionarias y críticas en torno a la diferencia –concebida bajo al significante de la multiplicidad, en sí misma, el centro analítico de la heterogeneidad, la diferencia, la alteridad, etc.– como sistema de resistencia ante la variedad de contextos y formatos de marginalidad y subordinación, articula una cultura fronteriza común – espacio en el que se inscribe uno de los fundamentos heurísticos del derecho a la lectura y a la educación lectora en clave relacional y para la justicia social–. La formación de su método va más allá del alcance inclusivo concebido como medida de asimilación y acomodación a lo existente, es decir, inclusión a lo mismo – problema técnico y ontológico de los grupos sociales–. La inclusión como conciencia de oposición describe un trazado de realidades psíquicas y materiales acontecidas en una región cultural y sociopolítica singular, demostrando un conjunto de operaciones y

[...] un conjunto de puntos críticos dentro de los cuales los individuos y grupos que buscan transformar los poderes dominantes y opresivos pueden contribuyendo a sí mismos como sujetos ciudadanos resistentes y opositores. Estos puntos son orientaciones desplegadas por esas clases subordinadas que buscan formas subjetivas de resistencia que no sean las determinadas por el propio orden social. Estas orientaciones pueden considerarse repositorios dentro de los cuales los ciudadanos subyugados pueden ocupar o descartar subjetividades en un proceso que a la vez promulga y descoloniza sus diversas relaciones con sus condiciones reales de existencia (Sandoval, 2001, p.53).

Uno de los principales desafíos que enfrenta la inclusión en tanto dispositivo de conciencia oposicional consiste en crear condiciones de conexión entre cada uno de los movimientos críticos de concientización que convergen y son rearticulados y traducidos en el marco de su comprensión epistemológica. Se interesa por crear nuevas formas de entendimiento articuladas por diversas colectividades, dirigidas a deslindar el conjunto de “órdenes sociales organizados jerárquicamente en relaciones de dominación y subordinación crean posiciones particulares de sujeto dentro de las cuales el subordinado puede funcionar legítimamente” (Sandoval, 2001, p.55). Sin duda, este propósito es un objetivo tímidamente político en la interioridad del discurso hegemónico de la educación inclusiva, que en sí mismo, es una expresión ideológica y comprehensiva derivada de su estructurada falsificada de conocimiento, cómplice con la desigualdad. La inclusión como praxis crítica crea nuevos espacios ideológicos, propósito que la conciencia de oposición ocupa un lugar central. Instaura una topografía de la conciencia y la acción en resistencia – micropolítica analítica y ética– configuran su propia ideología y praxis.

La inclusión como categoría de análisis se propone superar la designación política de integración y la acción psíquica de asimilación que en la historia intelectual de la educación inclusiva ha tenido un impulso fundamental. A esto he denominado,

teoría acrítica de la educación inclusiva, articulada fundamentalmente, en patrones de ajuste y acomodación a las mismas estructuras educativas, sociales, culturales, políticas y económicas que producen poblaciones en riesgo, o bien, colectivos de ciudadanos arrastrados a las fronteras del derecho en la educación. La visión acrítica de la inclusión trabaja desde la interioridad del sistema cuyo centro de articulación persigue aumentar el número de personas participando de lo mismo, observa así, un problema interpretativo asociado a la conciencia de igualdad de derechos. En este marco, me parece más acertada la propuesta de Wassertron (1997) y Young (2002), respecto de la construcción de un sistema social articulado en torno a nociones de igualdad y equidad compleja. Hasta cierto punto, la conciencia de igualdad de derechos se convierte en una tecnología de operación regenerativa del liberalismo –a lo que denominaré inclusión liberal⁹–, contribuye a intensificar las diferencias en su forma y contenido. A esto se denomina proceso de diferencialismo y diferenciación, dimensiones claves en la regulación de la subjetividad y en la constitución del problema ontológico de los grupos sociales. En tal caso,

[...] la única forma en que la sociedad puede afirmar, valorar y legitimar estas diferencias será si las categorías por las cuales se ordena al dominante son fundamentalmente reestructuradas. El objetivo de una transformación tan radical es conducir sociedad hacia el objetivo de funcionar más allá de todo poder de dominación / subordinación hachas. Este modo revolucionario de conciencia opositora se promulgó dentro de los grupos de movimientos sociales en todas las diferencias (Sandoval, 2001, p. 62).

Las diferencias concebidas desde el punto de vista de Hall (2011), como categorías eminentemente políticas, develan una evolución psíquica y social en tanto su contraparte de lecturación del mundo y su multiplicidad de formas de miseria, cuya lucha pretende la materialización de un orden ético, social y cultural más elevado. Este es uno de propósitos centrales de la educación inclusiva. Construye una matriz de solidaridad común y transversal entre diversos colectivos, entrelazados mediante diversas posiciones. Traza una compleja cinética de la solidaridad, el bien común y la esperanza social. El campo de la educación inclusiva es, en sí mismo, un territorio de oposición contingente de proyectos políticos, compromisos éticos, prácticas discursivas y materiales de reinención del mundo contemporáneo. Construye un poderoso dispositivo de macro-análisis sociopolítico que converge en el estudio de la multiplicidad de interrelaciones que dan lugar a diversas formas de diferenciación social, política, educativa y económica, encaminando las dinámicas de poder que convergen en ella.

La estrecha relación que existe entre los términos diferencia, inclusión y subjetivación a juicio de Brah (2011), constituyen algunos de los términos más discutidos de nuestro tiempo. Desde mi posición teórico-política, concibo la

⁹ Concepto introducido por Ocampo con motivo de este trabajo.

diferencia en tanto signo heterodoxo y contingente que interviene en diversas operaciones políticas y educativas, forja un singular sujeto político. La inclusión es una poderosa estrategia a favor de la justicia social. Si bien, las tensiones y problemáticas de la diferencia ocupan un lugar central y privilegiado en un amplio espectro de movimientos sociales y enfoques críticos contemporáneos, muchos de ellos, han articulado una batalla campal en torno a las regulaciones del esencialismo concedido en tanto “*noción de esencia definitiva que trasciende las barreras históricas y culturales*” (Brah, 2011, p.123).

La diferencia –en adelante, multiplicidad de singularidades– en el trabajo analítico que inaugura la epistemología de la educación inclusiva, denota diversos usos y significados en proyectos políticos y de conocimientos divergentes. La centralidad de su trabajo analítico se inscribe en develar cómo determinadas articulaciones discursivas y prácticas inciden en la configuración de singulares relaciones sociales y posiciones simbólicas-políticas-éticas de los sujetos y sus procesos de producción de la subjetividad –la inclusión es un dispositivo de producción de la subjetividad-. La producción de la multiplicidad de singularidades es el resultado de un complejo mediacional entre fuerzas macro y micro-analíticas. La contribución de Avtar Brah en “*Cartografías de la diáspora. Identidades en cuestión*”, publicada al español por Traficantes de Sueños, ofrece un marco de análisis que propende al descentramiento del estudio de la diferencia, concebida en términos de experiencia, relación social, subjetividad e identidad. En esta ocasión, ofreceré un análisis sintético a partir de los lineamientos centrales proporcionados por la autora.

La diferencia como *experiencia* reconoce en ella, un concepto clave en la comprensión teórico-metodológica y agencial de la educación inclusiva, atiende al conjunto de experiencias psíquicas que participan de la configuración social y discursiva de la diferencia, entre el lenguaje y la conciencia. La experiencia para Brah (2011) es una construcción cultural, un lugar de producción del sujeto –reformula la agencia–, una pieza clave en la constitución de la realidad, es decir, “una práctica de dar sentido, tanto simbólica como narrativamente; como una lucha entre las condiciones materiales y el significado” (Brah, 2011, p.144). Sobre este particular, insiste la teórica, feminista y sociológica, añadiendo que,

[...] la experiencia se revela como espacio para el debate: un espacio discursivo donde se inscriben, reiteran o repudian subjetividades y posiciones de sujeto diferentes y diferenciales. Por lo tanto, es importante establecer qué matrices ideológicas o campos de significación y representación se hallan en juego en la formación de sujetos diferentes, y cuáles son los procesos económicos, políticos y culturales que cincelan experiencias históricamente variables. Como afirma Joan Scot, «la experiencia es siempre ya una interpretación y, al mismo tiempo, algo que necesita una interpretación» (1992: 37) (Brah, 2011, p.145).

La diferencia como sistema de relación social describe y analiza un conjunto de mecanismos mediante los cuales esta colabora junto a una variedad de discursos, políticas, prácticas e instituciones que modelan su significado. La diferencia como categoría de análisis reside en lo más profundo del campo epistemológico de la educación inclusiva. Al concebirla en tanto relación social destaca su carácter relacional, dinámico e inquieto, profundiza en “los macrorregímenes y microrregímenes de poder, dentro de los cuales las formas de diferenciación como el género, la clase o el racismo se instituyen en términos de formaciones estructuradas” (Brah, 2011, p.146). Promueve un marco de análisis acerca de las condiciones históricas y materiales que participan de la configuración de la identidad social de una singular comunidad.

La dimensión subjetiva de la diferencia asume una crítica a las concepciones humanistas del sujeto –hombre universal–. La diferencia es algo producido en el discurso, interpela las operaciones logocéntricas de la subjetividad, profundiza en las dimensiones infra-psíquicas de esta, asumiendo al sujeto en su marcado carácter descentrado, albergando impredecibles efectos sobre su devenir. La subjetividad se encuentra en constante transformación. Sobre este particular, la obra de Guattari (2006), titulada: “*Micropolítica. Cartografías del deseo*”, promueve un marco de análisis para entender de forma situada el conjunto de cambios sociales y personales que desempeñan un rol crucial en el marco de la inclusión. La subjetividad es sinónimo de singularización. En lo que sigue, examinaré los ejes centrales de la configuración de los dispositivos de subjetivación o producción de la subjetividad a partir de la contribución de Guattari y Rolnik (2006). La subjetividad es algo producido, reciclado y en constante devenir, cuyas formas de producción en el mundo contemporáneo varían permanentemente. El existir y devenir residen en lo más profundo de la construcción del significado de la diferencia y de la singularidad, marcan una multiplicidad de posiciones del sujeto, afectadas por patrones relacionales, observándola en permanente movimiento. En tal caso, la diferencia lectura “ese mismo proceso por el cual la multiplicidad, la contradicción y la inestabilidad de la subjetividad se significa como dotada de coherencia, continuidad y estabilidad; como poseedora de un núcleo —un núcleo en constante cambio pero un núcleo, al fin y al cabo— que se enuncia en un momento dado como el «Yo»” (Brah, 2011, p.152).

La subjetividad para Guattari (2006), acontece en el corazón mismo de las personas, en su mundo simbólico, en manera de percibir el mundo y en la configuración de su vida infra-psíquica. Si la inclusión construye e instala un singular modo de subjetividad, entonces, propicia formas alterativas de representación del mundo, “sistemas de conexión directa entre las grandes máquinas productivas, las grandes máquinas de control social y las instancias psíquicas que definen la manera de percibir el mundo” (Guattari, 2006, p.41). Si la subjetividad es producida por

agenciamientos colectivos de enunciación, entonces, concibe su centro de articulación como unidad relacional descentrada, integrada por relaciones macro y microsociales. La subjetividad se distancia del significante de individuo –producción en masa del sujeto¹⁰–, ya que se encuentra intrínsecamente modelada por fuerzas sociales. La subjetividad se descentra de la individualización. La subjetividad acontece mediante complejas formas de existencias particulares, es una relación de creación en la que el ser se apropiá de sí mismo. La forma en que cada sujeto experimenta y vivencia su subjetividad al dar paso a un proceso de reapropiación del ser, se abre a lo que Guattari (2006), denomina singularización. Las diferencias son el resultado de experimentaciones dialécticas, son un vector que articula nuevas formas de estar en el mundo, en sí mismas, son estrategias cargadas de un mundo de significados. Hablamos a favor de una subjetividad situada.

Los argumentos antes expuestos, obligan producto de la densidad de sus razonamientos, ahondar en el conjunto de elementos que ensamblan la categoría de inclusión en tanto proyecto de conocimiento. La ‘inclusión’ como categoría de análisis enfrenta un problema definitorio particular, participa de las relaciones de poder estructurales y de las representaciones culturales que interroga. Sin embargo, la comprensión de las condiciones que hacen su conocimiento comprensible desde la autenticidad del fenómeno, constituye junto a su objeto –el qué– y método –el cómo–, uno de sus puntos más álgidos y espinosos. Al reconocer que la inclusión participa de las relaciones que interpela, atiende al conjunto de acciones que la sitúan como reflejo de las relaciones de poder a nivel estructural y de su micro-práctica. La educación inclusiva como proyecto intelectual construye una estrategia de resistencia epistémica –micropolítica epistémica y analítica–, analiza cómo determinados cuerpos de conocimiento se colocan al servicio de la dominación y opresión –por ejemplo, la empresa que alberga la propuesta del esencialismo liberal–, o bien, cómo el conocimiento influencia la configuración de las relaciones de poder (Hill Collins, 2015). Por norma, los sistemas de razonamientos hegemónicos significados como parte de la educación inclusiva, tienden a omitir un examen que aborde la inclusión situada dentro de las estructuras de poder y de las representaciones culturales, ambos temas clave en su vinculación con la justicia. Desconoce las formas de (re)articulación de los diversos discursos sobre inclusión, imponiendo un significante unívoco que pone en desmedro el encuentro con la multiplicidad de diferencias o singularidades múltiples, ni el conjunto de relaciones en las que se inscriben sus significados. La multiplicidad de expresiones del poder, constituyen dominios de opresión y

¹⁰ Advertencia freudiana retomada por Guattari (2006) en “Micropolítica. Cartografías del Deseo”. Para ambos analistas, el giro molecular o la ontología de lo menor en el campo de la inclusión, exige superar la distorsión del concepto de individualidad como sinónimo de singularidad. La individualidad para Freud es sinónimo de producción de masas, seres homogéneos y colindantes con la empresa del universalismo, mientras que, la singularidad permite superar a cosificación del sujeto, aporta estrategias para la evitar la neutralización y menosprecio del ser a través de su identidad, por ejemplo.

dominación históricamente construidos, cuyo poder organiza a determinados grupos al interior de las estructuras de escolarización, invisibilizando la presencia de obstáculos complejos y tecnologías de cooptación de determinados estudiantes a las fronteras del derecho ‘en’ la educación. La inclusión como dispositivo heurístico se convierte en un intensificador del pensamiento y en una estrategia de multiplicación de formas de intervención en el mundo a favor de la liberación humana y la creación de otras formas de existencia. Es una acción intervencionista interminable.

La educación inclusiva en tanto estrategia analítica y política, articula su poder de intervención en el mundo, se emplea para abordar las diversas formas de desigualdad que estructuran los procesos de escolarización, especificando, cómo determinados saberes o proyectos políticos y educacionales contribuyen silenciosamente a reproducir la desigualdad haciendo uso de algunos de los principios más elementales propuestos por este campo. Analiza críticamente, qué proyectos de conocimiento sirven a la desigualdad, la opresión y a la dominación. Sin duda, proliferan argumentos vinculados a la multiplicidad de formas del esencialismo y del individualismo metodológico, sistemas de razonamientos en los que el sujeto queda estratégicamente excluido de proyectos significados ‘en resistencia’. La inclusión encuentra su campo de actividad más allá de un análisis mono-sistema –binarismo incluido/excluido–, se propone introducir un mayor nivel de complejidad en el estudio de los problemas educativos, abandona el estudio de la desigualdad desde un punto de vista mono-categorial. Su razón, en parte, dedica su actividad analítica a examinar las formas sociales en las que cada formato del poder tiene lugar, sugiriendo un análisis más profundo, complejo y matizado, respecto las (re)articulaciones entre las estructuras sociales y las representaciones culturales (Hill Collins, 2015). La inclusión como intervención en el sistema-mundo, denota una intervención en el poder, es un método¹¹ eminentemente político, forja una heurística política y poética de construcción esperanza, justicia relacional y creación de otros mundos. La inclusión es un sistema de reordenamiento y reconfiguración de estructural –operación tropológica y alterativa–. La inclusión resulta del cruce, la rearticulación y la traducción de diversas miradas que desestabilizan y descentran los modos de institucionalizados de aproximación a su objeto. Es algo que se encuentra en fase de desarrollo. Su objeto es producto de una dialéctica inquieta.

Epistemológicamente, la educación inclusiva y la inclusión, designan un objeto, dominio, campo, circunscripción intelectual, método y ámbito de formalización académica que opera en el movimiento, en el encuentro, en la constelación, en el pensamiento de la relación, en la traducción y en la rearticulación de cada una de las singularidades que conforman su red analítica de producción. Al configurar un

¹¹ Alude al texto: “Inclusión como método”, de Ocampo (2019).

objeto ambivalente e intersticial, el fenómeno es abordado en distintos niveles de análisis, lo que da paso a un fenómeno nomadista, no-lineal y en permanente viaje entre diversos proyectos políticos, éticos y de conocimientos, y, especialmente, por complejos mundos de significados. Interroga, permanentemente, cómo a través del conjunto de planteamientos liberales adoptados por el discurso hegémónico de la inclusión, determinados colectivos de ciudadanos son excluidos estratégicamente de este discurso –tópico invisibilizados por la investigación significada como educación inclusiva–, discurso, en su mayoría controlado por agentes que en la interioridad de la micropraxis inscriben su actividad a través de microrregímenes del poder, obligados a internalizar un patrón analítico ficticio de regulación –basado en el signo del binarismo– sobre los procesos de inclusión-exclusión. Razón por la cual, propongo explorar dichas configuraciones estructurales, culturales, políticas, económicas y educativas desde una perspectiva relacional. Los planteamientos liberales que atraviesan en su magnitud al conjunto de argumentos pre-constructivos de la educación inclusiva, explicitan un compromiso ético ciego al intentar asegurar lo mismo para todos. En tal caso, adhiero a la proposición de Wassertron (1997) acerca de la necesidad de orquestar un sistema educativo y social en torno a un conjunto de principios de justicia, equidad e igualdad compleja. La práctica de la ‘educación inclusiva’ y de la ‘inclusión’, es, en sí misma, un dispositivo de *intervención crítico-compleja* y un *método político-epistémico* transformativo y revolucionario del acontecer molecular¹².

La inclusión como fenómeno estructural y relacional nos habla acerca de una micropolítica del acontecimiento y de una hermenéutica política clave en la creación de otros mundos, deslinda la trivialización y neutralización de las cuestiones sobre las minorías. La inclusión no es sólo un signo que moviliza la frontera, sino que además, traza un reordenamiento ético, político, epistémico y filosófico complejo que acontece en el nosotros-singular. Configura una estrategia diferente para lecturar e intervenir el mundo, descrita como “toda otra estructura de oposición que toca todos los aspectos de nuestra existencia al mismo tiempo que estamos resistiendo” (Sandoval, 2001, p.34). La inclusión como proyecto de conocimiento en resistencia apoya la potencia del ser, la libertad, la emergencia de nuevas configuraciones sociales y educativas –principio de positividad–, la instalación de nuevos estilos de subjetividades, persigue, ante todo, la liberación y transformación del mundo y la ecologización de la mente. Busca poner fin a la dominación concebida como freno al autodesarrollo.

La epistemología de la educación inclusiva planteada por Ocampo (2017, 2018 y 2019) es, en sí misma, un método, forja una estrategia analítica, una metodología específica de resistencia, una identidad y una praxis de transformación del mundo¹³.

¹² Alude a la revolución de las múltiples singularidades.

¹³ Su dimensión heurística y política se funda en los planteamientos de la tesis número once de Feuerbach.

En tanto mapa cognitivo concibe la multiplicidad de “formas opuestas de conciencia, estética y política” (Sandoval, 2001, p.86) que contribuyen a la transformación de las estructuras académicas, políticas, sociales, económicas y culturales.

En torno a la *semiótica y los idiomas de la emancipación*¹⁴, los planteamientos de Sandoval (2001) respecto a la conciencia diferencial de oposición, permiten concebir la inclusión como algo móvil, nómada, en permanente movimiento y transformación. Un saber del presente, (re)articulado a partir de un campo de fuerzas que focaliza algunos de sus principios analítico-metodológicos a través de los fundamentos proporcionados por la metodología de los oprimidos. En suma, construye una tecnología de oposición al poder –más bien, a los denominados formatos del poder¹⁵–, internas o externas a la praxis social o educativa. La semiótica constituye una de las claves analíticas de la comprensión epistemológica de la educación inclusiva, impulsa un sistema semiológico o una actividad sínica en resistencia. De acuerdo con esto, la inclusión se convierte en una tecnología de carácter ‘exnominación revolucionaria’ en términos Barthesianos (1957) o un sistema de ‘meta-ideologización’ en términos de Sandoval (2001), lo que designa una “operación de apropiación de formas ideológicas dominantes, y su uso completo para transformarlos. Esta tecnología es absolutamente necesaria para hacer intervenciones intencionadas en la realidad social” (Sandoval, 2001, p.78).

En este marco, concibo la inclusión en tanto estrategia analítica –método–, praxis crítica y dispositivo de intervención, organizada en torno a un corpus de fundamentos y principios metodológicos, teóricos y políticos de carácter fronterizo y heterológicos. La inclusión como proyecto epistémico y política devela una tecnología indispensable en la configuración e instalación de una nueva subjetividad, asimismo, impacta en el desarrollo psíquico de cada singularidad y en sus vidas materiales.

La educación inclusiva al constituir la máxima expresión de la historia de la conciencia, entraña un conjunto de procedimientos críticos capaces de descolonizar la imaginación y con ello, promover la reinención y la creación de otros mundos. Epistémica y metodológicamente, nace de diversos enredos genealógicos de dispersión de dominios académicos procedentes del feminismo, el postestructuralismo, el poscolonialismo, los estudios queer, de género, de la mujer, el posmodernismo, los estudios de globalización, los estudios culturales asiáticos, anglosajones y latinoamericanos, la interseccionalidad, la interculturalidad crítica, la filosofía de la diferencia, la filosofía política, los nuevos estudios de democracia, entre otros. Por todo ello, su objeto no puede ser delimitado en los paradigmas y

¹⁴ Interés centrado en el corpus de terminologías y lenguajes que apoyan la singularidad heurística y política de la transformación en el marco del signo heterodoxo que impone la inclusión.

¹⁵ Noción introducida por Ocampo (2017).

dispositivos de enmarcamientos de ninguna disciplina en particular, más bien, la naturaleza de su objeto, desborda los marcos de cada una de las disciplinas antes citadas, actúa mediante un complejo gramatical de excedencia disciplinaria. Reconfigura un conjunto de objetos específicos que operan mediante fuerzas de dispersión analíticas, develando un complejo pensamiento nómada y fronterizo, un conocimiento situado en la multidimensionalidad y multiaxialidad del mundo, un dispositivo de performatividad crítica, etc. Construye una gramática post-disciplinar.

Una de las principales densidades analíticas que enfrenta la comprensión epistemológica de la educación inclusiva consiste en reconocer que el ensamblaje de su campo emerge de la racialización y división de diversos dominios académicos, profundamente articulados desde una lógica eurocentrista y con los clásicos sistemas de regulación del canon académico. Su acción intelectual opera conectando campos dispersos pero anudados genealógicamente en su configuración –de allí que proponga, inspirado en Brah (2011) la idea de un saber construido mediante enredos genealógicos de dispersión–, producto de un flujo de intercambio restringido e invisibilizado que los conecta. De modo que, tal como explica Sandoval (2001), “sus terminologías continúan desarrollándose en un estado peligroso de apartheid teórico que insiste en sus diferencias” (p.96). En tal caso, una de las principales cuestiones que aborda la inclusión, no se reducen exclusivamente a la exclusión, sino más bien, a la examinación de la performatividad del poder y la subjetividad, en tanto proyecto político y de conocimiento en resistencia. Cada uno de los dominios intelectuales que participan en la configuración genealógica de la circunscripción intelectual designada ‘educación inclusiva’, no se encuentran organizados uniformemente, lo que fomenta el establecimiento y la observación de mecanismos de construcción del conocimiento de carácter extradisciplinario, por lo que, “fundamentalmente, y en todas las apariencias inconscientemente comprometidos con el avance de una estructura profunda de conocimiento similar” (Sandoval, 2001, p.98). Epistemológicamente, la inclusión en tanto dispositivo heurístico, praxis crítica y metáfora posibilita una configuración personal, política y cultural de carácter alterativo y heterológica, articula un nuevo tipo de praxis y política de la identidad. La inclusión como método –estrategia analítica– puede emplearse en tanto recurso de análisis político, estético y semiológico.

En efecto, la analítica requerida por la ciudadanía cultural

[...] también debe entenderse la apariencia generalizada de la conciencia diferencial en los territorios culturales y académicos como síntoma de la forma que la política también debe asumir en la vida cotidiana bajo las condiciones culturales actuales, dadas las demandas de las fuerzas transnacionalizadoras que están nivelando nuevos tipos de opresiones en todas las categorías. Actores sociales comprometidos con las relaciones sociales igualitarias, que buscan la base de una visión compartida,

una política de oposición y coalición, y que buscan nuevas tecnologías internas y sociales que garanticen que la actividad resistente no simplemente reproduzca las formaciones políticas que están vinculados a la expansión cultural transnacional, deben reconocer conscientemente, desarrollar y aprovechar una globalización disidente, una metodología de los oprimidos, que se compone de las tecnologías que hacen posible el movimiento social diferencial. Este proyecto es capaz de desarrollar poderes de oposición que son análogos (Sandoval, 2001, p107).

Las tecnologías que aterrizaran la metodología de los oprimidos en el contexto de examinación referido a la producción de obstáculos complejos que afectan el ejercicio del derecho a la lectura, sugiere reconocer un cambio en la estructura de conciencia y en la praxis crítica que configuran y articulan la proliferación de nuevas formas de resistencia ante las formas regenerativas y performativas de los formatos del poder. El estudio del poder en la constitución de las prácticas culturales opera de forma relacional, es regenerativo y performativo, actúa mediante diversos sistemas de mascaradas, esto es aquello que nos obliga a romper con los binarismos clásicos de interpretación –imposición de un análisis verticalista de carácter soberano¹⁶– empleados para articular la lucha del campo significado como educación inclusiva. Las formas interpretativas requeridas por la inclusión, la igualdad y la equidad adoptan una fuerza analítica¹⁷ de carácter circular y poliédrico, con múltiples planos entrelazados multidimensionalmente entre sí. Su función se obtiene en el movimiento permanente, mediante desviaciones que ocurren en constantes giros y saltos. Tal “circulación reterritorializada de poder rediferencia, agrupa y ordena las identidades de manera diferente, debido a que están ubicados horizontalmente, parece que tales identidades politizadas como posiciones pueden acceder igualmente a sus propias cuestiones” (Sandoval, 2001, p.115).

Una de las tareas críticas¹⁸ que comparte la educación inclusiva, el derecho a la lectura y la justicia redistributiva y relacional¹⁹ consiste en evitar la proliferación de argumentos que, silenciosamente, conduzcan a la regeneración de nuevos tipos de democratización de la opresión. Si el poder opera como un desplazamiento en red, entonces, no existe una única forma de expresión del poder, sino múltiples formatos de este, designa un terreno móvil, cuyas operatorias develan una compleja naturaleza performativa y regenerativa. En tal caso,

[...] este terreno viene completo con nódulos de poder habitables por subjetividades colectivas que se perciben como capaces de acceder, con igual facilidad, a sus propios cocientes de poder peculiares. Ha sido un cambio de finales del siglo XX en la concepción del poder lejos de un plano vertical a un plano horizontal que ha resultado en un nuevo conjunto de

¹⁶ Visión interpretativa de caracteres modernistas del poder.

¹⁷ Fuerza analítica de carácter horizontal y lateral.

¹⁸ Emblema de trabajo adoptado en el Centro de Estudios Latinoamericanos de Educación Inclusiva (CELEI) de Chile.

¹⁹ El concepto de ‘justicia relacional’ es introducido por el autor de este trabajo.

metáforas para organizar la teoría crítica y cultural reciente. El cambio social se describe menos a través de metáforas verticales y jerarquizadas que representan a los actores opositores como "debajo", "debajo", "más bajo" o "subordinado", que se mueve "hacia arriba", se vuelve "elevado" o "superá" todos los obstáculos. En cambio, tales metáforas están siendo reemplazadas por alternativas horizontales que describen movimiento de oposición que ocurre de "margen a centro", "de adentro hacia afuera", que describir la vida en los "intersticios" o "zonas fronterizas", o que centran las experiencias de "viajes", "diáspora", "inmigración", "posición" o "ubicación" en la cuadrícula. La erudición contemporánea en las humanidades, entonces, se convierte en un intento minucioso y exigente de encontrar formas de hablar, a favor o en contra de cualquier posición a través de aplanar distancias sociales en una transcodificación necesaria, pero el fracaso o el éxito de cualquier esfuerzo de este tipo solo conduce dolorosamente a un mayor apartheid: la racialización, la género, la sexualización de los dominios teóricos (Sandoval, 2001, p.123).

La comprensión del poder y sus formatos es clave en la constitución analítica de la educación inclusiva, no sólo porque nos enfrenta a la comprensión de las patologías constitutivas del mundo, especialmente, a través de la matriz colonial del poder, del saber y del ser. Su relevancia reside en la regulación de la subjetividad y en la producción de diversos tipos de sujetos sociales, culturales y educativos, configurados al interior de una formación social y cultural específica. La educación inclusiva como dispositivo heurístico y estrategia analítica deshace las formas previas de subjetividad, moralidad y resistencia, reconoce que las acciones afirmativas expresan un marcado carácter de injusticia que contribuyen al funcionamiento de acciones remediales sobre las mismas estructuras que generan condiciones de desigualdad, contribuyendo a la regeneración permanente de una de las múltiples diferencias que introduce el capitalismo tardío. La inclusión denota un dispositivo que moviliza la frontera, un signo performativo, alterativo y heterodoxo, en sí misma, un sistema de reordenamiento constante de la matriz cultural y política de constitución del mundo contemporáneo. La inclusión como dispositivo de producción de subjetividad no es ajena a los efectos e influencias fluctuantes del poder, lo que sugiere nuevas combinatorias éticas y políticas, "se organiza en orden de significados que tienen "sentido", se hinchan a medida que el poder se ve como es regenerado continuamente e interviniendo de manera diferencial, de acuerdo con las contingencias que necesita la crisis social. El poder, por lo tanto, es visto como performativo" (Sandoval, 2001, p.116).

En este complejo entramado analítico en el que se sitúa la praxis cultural y el derecho a la lectura, asume cómo una multiplicidad de entornos, específicamente, de carácter psíquico, producen significados inestables, inquietos y en constante movimiento, acerca de una amplia variedad de conceptos clave en la comprensión epistemológica de la lectura desde una perspectiva inclusiva, tales como, la equidad, la igualdad, la justicia, la creación de otros mundos, etc. Cada uno de estos

significados inquietos inciden en la configuración de diversas clases de metáforas explicativas de los procesos de inclusión, resistencia y relegamientos ‘en’ y ‘a través’ de derecho a la cultura, las artes y la lectura. Esta última, en este contexto, se propone entregar herramientas para aprender a reconocer la dominación y la opresión –sus caras, tal como sugiere Young (2002)–, sus objetos, significados y función en la interioridad de tales procesos, atendiendo a sus formas de mutación y regeneración continuas. La lectura es, en sí misma, un dispositivo y una tecnología semiótica y analítica de un corpus de trabas al autodesarrollo. Dicha estrategia permite develar la imperceptibilidad de valores, acciones morales, formas éticas, ideologías y proyectos de conocimiento que sirven a la dominación. En sí misma, la inclusión constituye un proyecto de resistencia epistémica que nos enseña a leer tales artefactos y sus significados con el objeto de inducir a otras formas de producción de la justicia social devenido en la creación de nuevos y revolucionarios sistemas de significados. Se propone desafiar aquellos sistemas que inscriben “la cultura como un artefacto, como una construcción interesada que refleja los valores de los grupos sociales más poderosos” (Sandoval, 2001, p.131). La lectura, la justicia y la inclusión emergen como poderosas formas hermenéuticas y estrategias de semiotización del cambio social.

Lectura como método²⁰

Como premisa fundacional, afirmaré que, la ‘lectura como método’ no refiere a la selección de una técnica, ni de un acercamiento, ni de un método en particular para explorar las tensiones heurísticas y las metáforas que se desprenden del estudio de la lectura en su dimensión social y política. Su interés reside en la creación de un ensamblado analítico que comparte la premisa planteada por Smith (1999), en relación al “contexto en el cual se conceptualizan y proyectan los problemas de investigación, y las implicancias de la investigación para sus participantes y para las comunidades de estos” (p.11). El estudio de la lectura en su dimensión política atiende al estilo de prácticas que configuran y que participan de las relaciones de poder que interrogan, examina cómo determinados proyectos de conocimiento trabajan a favor de su reproducción o emancipación. Atiende significativamente, al tipo de ausencias, omisiones, invisibilidades y garantías académicas e institucionales que tienen lugar en la organización de determinadas prácticas de investigación.

La lectura debe ser concebida como una *imaginación desafiante*, plantea estrategias afectivas y creativas, en tal caso, la lectura como método, está menos preocupada por la formulación de un "método" específico, cristaliza una llamada al compromiso crítico activista informada por compromisos políticos de diversa índole. En tal caso,

²⁰ Perspectiva introducida por Ocampo (2019), en el campo de investigación de la educación inclusiva.

[...] el enfoque no especifica métodos o técnicas particulares, sino que es, como lo dice Park, "una actitud y orientación epistemológica" (p.214). Además, el enfoque tiene implicaciones metodológicas específicas de 'estar abierto a, incluso abrazar, la influencia de otros marginados, rechazar concepciones estrictas de los orígenes y permitir que evolucionen los' métodos 'basados en otras geografías' (Gaztambide-Fernández & Thiessen, 2012, p.10). De esta manera, "nuestras investigaciones y prácticas discursivas pueden convertirse en fuerzas críticas que impulsan el proyecto incompleto de descolonización" (Chen, 2010, p. 113).

Explorar la lectura como método, sugiere abordar compromisos epistemológicos y metodológicos más amplios extraídos de múltiples campos del conocimiento, es algo que se construye en medio de múltiples discursos, contradictorios y cambiantes. En tal caso, puede entenderse en términos de teoría del conflicto, puesto que, instaura "una propuesta crítica para transformar tanto la estructura como la producción del conocimiento" (Park, 2016, p. 206-207). Para lo cual, es relevante atender al tipo de contextos y el conjunto de traducciones que tienen lugar en la fabricación de la dimensión política y cultural de la lectura. Un desafío metodológico crucial consistirá en develar las complejas formas en las que la lectura se sitúa en la interioridad de diversos discursos críticos. En tal caso, "los problemas epistemológicos clave y los desafíos políticos se plantean por cómo viajan las ideas y cómo se abordan en diversos contextos, que van más allá de las cuestiones de mera inclusión o representación equitativa" (Burman, 2017, p.7).

La 'lectura como método' se convierte en un mecanismo de comprensión de las prácticas de investigación en materia de derecho a la lectura, acceso a los bienes culturales, políticas del libro, políticas culturales y de la diferencia, prácticas letradas, investigación didáctica, formación del profesorado y de los trabajadores culturales, entre otras. Se propone consolidar un sistema re-cognoscitivo que permita develar las múltiples formas de esencialización e instrumentalización empleadas a través de la lectura que producen y garantizan procesos de subjetivación. Dicha operación es aplicable al campo de examinación de los ejes configurantes de las prácticas letradas en la interioridad de las estructuras de escolarización –formales y no-formales– que, en ocasiones, conducen a la subyugación y marginación de formas analíticas críticas de intervención y transformación del mundo. Interesa aprender a reconocer, de qué manera, los sistemas intelectuales que sustentan el estudio de la lectura en su dimensión social, cultural y política en el marco de la construcción permanente de justicia, contribuyen al expansionismo del capitalismo cognitivo y tardío. Frente a este desafío, es necesario diseñar una literatura y un vocabulario que nos permita abordar cada una de las tensiones heurísticas que enfrenta la lectura en clave post-crítica y, especialmente, en su dimensión política.

Más que construir un método mediante condiciones de formalismo lógico –principal insistencia–, observo con mayor fertilidad comprender las lógicas de uso de la investigación. Es necesario reformular viejos conceptos y generar nuevas ideas a partir de una amplia variedad de temas, entre los que ocupan un lugar destacado, la agencia, la acción política, el complejo mandato politizador y ético de la inclusión, el contexto de descubrimiento, entre otras. Un programa de formación que recoja las tensiones heurísticas que designa la operación *lectura e inclusión*, inaugura su actividad con la examinación de las críticas y de los debates feministas, post-coloniales, deconstrucionistas, de la interseccionalidad, la teoría crítica de la raza, los estudios culturales asiáticos, latinoamericanos y anglosajones, la teoría crítica, la filosofía política, analítica, etc., en sí misma, denota una operación de excedencia de los marcos disciplinares que configuran su estructura superficial de análisis. La ‘lectura como método’ toma distancia de la premisa de construir o crear un método de investigación específico –lógica formalista–, en ella, encuentran un lugar central los enfoques y las epistemologías que participan en su configuración.

Sin embargo, ‘lectura como método’ despliega su potencial en la rearticulación de diversas disciplinas. Los métodos que apoyan la configuración de la lectura en tanto estrategia analítica, corresponden en su mayoría, a los aportados por académicos feministas ubicados en diversas latitudes del globo, entre los cuales encontramos (Smith, 1999, p.29): a) acción/participativa, b) auto-etnografía y etnografía institucional., c) biografía, d) caso de estudio, e) lectura detallada, f) estudio de caso comparativo, g) análisis de contenido, h) análisis conversacional, i) análisis intercultural, j) deconstrucción, k) historiografía desviada, l) análisis del discurso, m) etnografía, n) etnometodología, ñ) evaluación experimental, o) grupo de enfoque, p) genealogía y deconstrucción q) sistemas de información geográfica, r) historiografía e intertextualidad, s) meta-análisis, multi-sitio, narratología, t) evaluaciones de necesidades, w) historia oral, y) observación del participante, narrativa personal, simulación, encuesta, amplia descripción, análisis de tropos, observación discreta, z) análisis visual, etc.

Si bien, la ‘lectura como método’ retoma, traduce y rearticula cada uno de los aportes y/o contribuciones mencionados anteriormente, concebidos como hebras genealógicas en la configuración de una singular estrategia de análisis, construye una metodología específica que sólo accede a la especificidad de esta, a través de la praxis. Su propósito consiste en crear un corpus de procesos metodológicos que nos permitan comprender cómo los diversos aspectos de la vida social y los procesos y lenguajes que dan lugar al funcionamiento de la micropráctica –retoma la insistencia por un examen relacional–. La ‘lectura como método’, se orienta a comprender cómo los aspectos de la vida social y de producción de la subjetivación constituyen dispositivos inherentes a la acción lectora. En otras palabras, articula un proceso que crea recursos para aprender a entender cómo conocer la vida social, se

vincula con la manera en que nos encontramos estudiando parte de la vida, mediante técnicas que influencian el conocimiento nuestras propias teorías sobre cómo conocer y comprender los fenómenos sociales. En este caso, la ‘lectura como método’ elabora una adscripción en la que la teoría es definida por la investigación, contribuyendo a diversificar cualquier proceso formativo. Sin duda, configura un compromiso crítico con otros campos de estudio. La lectura como objeto de estudio constituye un fenómeno incrustado en una compleja matriz de relaciones de poder –al igual que la inclusión, estas, participan de las relaciones sociales, estructurales y de poder–. Es menester recuperar el sentido ontológico y epistemológico de la intersección ‘lectura e inclusión’.

‘Lectura como método’ opera como un vector de desestabilización de la cultura intelectual hegemónica, legitimada por las estructuras de escolarización. Concebida así, su función sociopolítica apertura

[...] un nuevo continente de posibilidades políticas, un espacio dentro del cual sujetos políticos de nuevo tipo, que no responden ni a las lógicas de la ciudadanía ni a los métodos establecidos de organización y acción política radical, pueden trazar sus movimientos y multiplicar su propia potencia (Mezzadra y Neilson, 2012, p.33).

La lectura concebida en tanto estrategia analítica designa una multiplicidad de términos, métodos, experiencias, dominios de análisis, entre otras. Articula una zona semántica de mutación del pensamiento político, cultural y educativo, configurando un trabajo límite y un objeto liminal, asumiendo una multiplicidad de preocupaciones heurísticas y simbólicas propias del mundo contemporáneo, singularmente, referidas a la precarización, permite atender al tipo de organizaciones socio-culturales en las que se emplea, así como, el tipo de proyectos de resistencia en los que colabora. La lectura se convierte en un dispositivo de organización de las diferencias culturales. La ‘lectura como método’ es un espacio abierto, un terreno de expansión, de creación de lo posible, etc.

Lo político en ‘lectura como método’ trabaja permanentemente con una extensa variedad de conflictos, vehicula “la posibilidad de conflicto como con los poderes, estructuras y decisiones que constituyen el campo de posibilidades para la acción” (Bal, 2017, p.91). Lo político en tanto fuerza intervencionista circunscribe a una condición de singularidad, introduce herramientas para producir un corpus de significados, su dominio se inscribe a la producción de otros significados para lecturar la realidad. Crea espacios de vida cívica, de ejercicios de derechos y condiciones de justicia a través de un mandato politizador y ético inspirado en dichos significados, es, a través de cada uno de ellos, que logra desplazarse y desplegar su función. Interpela a los espectadores y los invita a la acción.

La ‘lectura como método’ refiere a un complejo proceso de investigación, invención de conceptos y regulación de una praxis crítica de intervención y transformación del mundo, puntuizando sobre modalidades que permitan “evocar una categoría fenomenológica, el conjunto de prácticas disciplinarias que presentan a los objetos de conocimiento como previamente constituidos e investigar, en cambio, los procesos a través de los cuales estos objetos son constituidos” (Mezzadra y Neilson, 2012, p.36-37).

Recurriendo a las nociones de *performatividad del método* (Law, 2004) y *zonas fronterizas analíticas* (Sassen, 2006), la lectura como método supera lo metodológico, es decir, se propone recuperar el sustrato político que reside en el centro crítico de su configuración y función. En tal caso, la lectura se convierte en una acción sobre el mundo, impone una trazabilidad digna un singular tipo de conocimiento. Acción que en palabras de Mezzadra y Neilson (2012), aborda

[...] la relación entre la acción y el conocimiento en una situación en la cual muchos regímenes y prácticas de conocimiento diferentes entran en conflicto. La frontera como método supone negociar los límites entre los distintos tipos de conocimiento que se ven reflejados en la frontera y, al hacerlo, busca arrojar luz sobre las subjetividades que toman cuerpo a través de dichos conflictos (p.37).

En tal caso, la ‘lectura como método’ cristaliza un corpus de tecnologías de intervención e irrupción en el mundo, como contra-punto epistémico, examina críticamente las relaciones de opresión y dominación –frenos al auto-desarrollo–, visibilizando el tipo de luchas albergadas en torno a dichas problemáticas. La lectura define su acción metodológica en tanto configuración de un espacio inquieto en permanente lucha. Es una invitación a examinar la multiplicidad de luchas que tienen lugar en la y-ciudad ‘lectura e inclusión’²¹, es una estrategia de selección de espacios de análisis, así como, un laboratorio de experimentación, un lugar dialéctico inquieto, caracterizado por la creación de nuevos objetos analíticos. Es un lugar de complejas descentraciones de sus objetivos y objetos de conocimientos históricamente albergados. ‘Lectura como método’, en sí misma, deviene en un vector de producción de nuevos objetos de estudio, cristaliza una perspectiva de investigación con foco en la realidad, construye un terreno analítico complejo, difuso y desordenado –propiedades epistemológicas claves–. La intersección ‘lectura e inclusión’ denota una trama epistemológica flexible, texturiza un conjunto de fenómenos de manera muy diferente, mecanismos que de igual forma, inciden en la producción de su objeto. ¿Es posible capturar esto a través de los métodos de investigación y análisis disponibles? La verdad que no²². ¿Qué es lo que queda fuera?

²¹ Complejas formas de vinculación que pueden ser establecidas entre lectura e inclusión. Inspirado en los trabajos de Rachjman (2014) y Mengue (2004), exploro aquello que habita entre ambos términos, así como, el tipo de operaciones que de ella se desprenden.

²² Conjunto de tensiones que habitan en lo más profundo del campo epistemológico de la educación inclusiva.

Esencialmente, un conjunto de fenómenos que emergen y desaparecen permanentemente, de acuerdo a las tensiones de cada encuadre cultural. Dicha espacialidad alberga un conjunto de fenómenos que no establecen un contorno morfológico definido, es la condición de imprevisibilidad la que delimita su estatus. Un desafío emergente consiste en mapear qué recursos metodológicos apoyan dicha empresa y cómo a través de ellos, determinados fenómenos son atrapados y no especificados en su magnitud. Con el objeto de atender a estas tensiones, recurro a la contribución de Law (2004) en: “*After method: mess in social science research*”, aperturando un cuestionamiento dedicado a examinar el conocimiento del mundo, lo que en su mayoría, “es vago, difuso o inespecífico, resbaladizo, emocional, efímero, evasivo, indistinto, cambia como un caleidoscopio o realmente no tiene mucho patrón, entonces, ¿dónde ocurre esto?, ¿dejar las ciencias sociales?, ¿cómo podríamos captar algunas de las realidades que somos actualmente?, ¿ha desaparecido?, ¿podemos conocerlos bien?” (Law, 2004, p.2).

Postcolonialidad y Nuevos Estudios de Literacidad en el contexto de la Educación Inclusiva

Los estudios postcoloniales para Mezzadra (2008), designan un campo integrado por prácticas teóricas heterogéneas, constituidas en su mayoría, en el mundo académico anglosajón desde la segunda mitad de la década de los ochenta. La potencia analítica del campo ha devenido en la influencia de diversas disciplinas y proyectos de conocimiento a lo largo y ancho del globo, constituyen “una aportación muy importante para la renovación de nuestro modo de mirar la modernidad en su conjunto” (Mezzadra, 2008, p.17). La crítica postcolonial (Mellino, 2008) instala un vector de desplazamiento que interpela críticamente los supuestos analíticos de la cultura, específicamente, un conjunto de usos restrictivos desprendidos del eurocentrismo. Los estudios postcoloniales (Spivak, 1998; Mezzadra, 2008; Mellino, 2008) contribuyen a complejizar el estudio de la cultura, específicamente, de las prácticas letradas y de alfabetización en el marco de construcción permanente de justicia social y educativa. Desde el punto de vista de la cristalización de prácticas pedagógicas introducen un corpus de estrategias analíticas que rompen con las clásicas concepciones que imponen una temporalidad específica de carácter lineal, reemplazándolas por un choque de temporalidades heterogéneas o, tal como sugiere Ocampo (2018), un tiempo heterocrónico, un espacio de multi-temporalización del sujeto y de las prácticas de enseñanza coherentes con la heterogeneidad del espacio. Bajo esta concepción, instaura una crítica al historicismo. De modo que, las prácticas letradas bajo la y-cudad que establece la intersección y/o acción copulativa entre ‘postcolonialidad y nuevos estudios de literacidad’, asume que, “la producción de este espacio no se puede pensar en términos lineales, sino que se plantea más bien como un marco en cuyo

seno se redetermina constantemente el sentido de los «lugares» involucrados en este proceso de producción” (Mezzadra, 2008, p.23). Se opone a la reproducción imperceptible de condiciones de subalternidad a través del derecho a la lectura, observa en la palabra una poderosa herramienta de acción política.

La comprensión epistemológica de la educación inclusiva aplicada a la reconfiguración del derecho a la lectura y de la educación lectora a través del aparato cognitivo de la justicia social, trabaja a favor de la reconfiguración de cuestiones estratégicas por el cambio, adopta una labor positiva –construcción y edificación–. La crítica a la matriz colonial del poder y del saber que atraviesa los efectos de las prácticas letradas devela un modo particular de producción del conocimiento –carácter monolítico– y un singular modo de legitimación y apropiación del saber y de los mecanismos de validación de la lectura, mediante categorías específicas –problema morfológico–. Si bien, los nuevos estudios de literacidad reconocen que las prácticas letradas no son homogéneas en sus objetivos, intereses y análisis, más bien, la lectura como dispositivo heurístico designa un complejo intercambio cultural. La inclusión como constructo explicativo permite desbaratar la multiplicidad de opresiones y dominaciones de carácter estructurales, relaciones y culturales que participan del conjunto de articulaciones del derecho a la lectura. “Constituye una práctica directamente política y discursiva en la medida en que tiene un sentido y es ideológica” (Tapalde, 2008, p.71).

La lectura en tanto estrategia de intervención en el mundo y praxis crítica devela cómo determinados marcos de valores, agencias culturales y proyectos de conocimiento y compromisos éticos que colaboran para reproducir, silenciosamente, un compuesto ideológico y cultural. La lectura puede ser concebida como un dispositivo de intervención sobre el corpus de acciones macropolíticas –concepción dominante de la política cultural contemporánea, contribuye a homogeneizar la indiferencia colectiva, organizando campos homogéneos de participación de los bienes culturales– que afectan a la cristalización del derecho a la lectura y a la educación, particularmente. También, expresa la singularidad de actuar en términos de una estrategia de intervención en una amplia variedad de discursos hegemónicos particulares, configura una praxis crítica que resiste a la dominación intelectual que articula el funcionamiento de determinadas prácticas letradas y procesos de alfabetización, los cuales constituyen práctica académicas inscritas en relaciones singulares de poder. El sujeto de la inclusión concebido rativos y los Otros, sujetos con materialidades vivas, sentimientos e historicismo un Otro cultural e ideológico, configurado en el marco de diversos discursos figuras locales. En tal caso, si la inclusión participa de las relaciones de poder y de las representaciones culturales que interroga, entonces, atiende estratégicamente a los modos de producción de sus sujetos –propiedad de las múltiples singularidades– en tanto figuraciones históricas y los tipos específicos

de representaciones culturales reproducidas en diversos discursos hegemónicos, como consecuencia de políticas arbitrarias de producción cultural. La examinación de las variables de desigualdad, opresión y dominación que atraviesan relationalmente al Otro en el pre-discurso de la educación inclusiva, conciben la diferencia desde un punto de vista monológico y ahistórico devenido en una visión reduccionista de la igualdad, la justicia y la inclusión, cuyos razonamientos inscriben a esta última, en la metáfora de *inclusión a lo mismo*, es decir, operar en las mismas estructuras que producen poblaciones excedentes, contribuyendo a la sistematización discursiva y práctica de la opresión y la dominación –frenos al autodesarrollo–.

¿En qué consiste la potencialidad de las estrategias analíticas que inscriben la singularidad de la lectura en tanto dispositivo de intervención en el sistema-mundo? Como aproximación preliminar, sostendré que la lectura en tanto dispositivo cultural, cuyos efectos e implicaciones políticas trascienden las estructuras de escolarización –hasta cierto punto, este, constituye un campo de acción–, nos conduce a la identificación estratégica de formas de opresión y dominación a través de la justicia cultural. Otra tensión analítica que enfrenta la y-cudad ‘lectura e inclusión’ devela que los intereses y deseos de sus sujetos son heterogéneos y diferentes a lo designado por la matriz colonial del poder, del saber y del ser. Comparto con Mohanty (2008), la necesidad de revisar los planos metodológicos acríticos a través de los cuales se aborda la justicia y la acción cultural desde una perspectiva de universalidad. La contribución de los Estudios Postcoloniales, feministas y de conciencia oposicional fomenta la identificación del ausentismo de estrategias analíticas y formas metodológicas capaces de explorar los sistemas de relegamientos a través del derecho a la educación, la lectura y la cultura. En tal caso, los Otros como categoría de análisis asumen un presupuesto decisivo en el que los sujetos en situación de riesgo y exclusión son todos iguales, con características y parámetros similares de constitución conllevando a una alteridad bastante restringida. Este es uno de los principales presupuestos analíticos que regula la actividad de la alteridad, la inclusión y la justicia. Si bien, cada uno de estas singularidades quedan conectadas a través de una identidad de opresión y dominación múltiple. La fertilidad de los planteamientos de Mohanty (2008), en torno a los grupos oprimidos –específicamente, las mujeres– fomenta una comprensión situada y multidimensional acerca de cómo una amplia gama de colectivos de ciudadanos son atravesados por explicaciones y metáforas que ponen en riesgo su poder cultural y agencia de intervención en el mundo debido a los marcos de valores que sustentan determinadas prácticas letradas.

Uno de los desafíos críticos que enfrenta el estudio del derecho a la lectura, refiere a las formas específicas en las que el discurso de la inclusión y la justicia es empleados en tanto frenos al autodesarrollo e interrogan críticamente quiénes son

los sujetos que deben ser incluidos y a qué. Tales tensiones heurísticas reclaman la necesidad de atender críticamente a las siguientes preguntas: ¿a qué incluir?, ¿mediante qué tecnologías y estructuras?, ¿para qué?, ¿por quién y a quién? Una de las formas en las que el derecho a la lectura concibe la exclusión y la falta de reciprocidad y justicia, consiste en reconocer a los grupos excluidos como víctimas de la matriz colonial del ser y del saber, develando una compleja configuración de una política letrada eurocéntrica. En esta metáfora, determinados grupos culturales y ciudadanos son definidos como víctimas del colonialismo, en tanto, identidades, colectividades y agencias oprimidas y marginadas, concebidas como ‘objetos-de-dominación-y-opresión’ o sujetos a los que se les ejerce violencia o usurpación cultural. Las formas de opresión y freno al desarrollo cultural y educativo se encuentran estrechamente vinculadas a la comprensión de las reglas institucionales de funcionamiento de la sociedad, su interpretación política, ética y sus modalidades de teorización no pueden sino, entenderse en los múltiples centros de articulación de las sociedades específicas. La comprensión epistemológica de la educación inclusiva traza un análisis histórico y político concreto. Cada una de las colectividades de ciudadanos albergados en la discurso de la educación inclusiva constituyen grupos estratégicos dentro de un contexto común de lucha política contra toda forma de regulación de la matriz cultural del poder.

Si bien, la matriz de configuración del derecho a la lectura –inspirada en una perspectiva de redistribución del derecho– denota una multiplicidad de posiciones analítico-metodológicas, siendo uno de sus puntos más espinosos el ausentismo analítico capaz de abordar la situación política del sintagma. El derecho a la lectura, la justicia y la inclusión comparten usos despolitizados, universalistas y, en ocasiones, ahistóricos, preferentemente, empleados por la estructura de conocimiento falsificada y mixta de educación inclusiva han sido responsable a través de sus sistemas de razonamientos de dicha abducción. La comprensión del derecho a la lectura y la educación inclusiva entrañan una poderosa capacidad de acción política. Otro de los puntos espinosos que enfrenta la educación inclusiva consiste en delimitar el propio término en tanto categoría histórica que no siempre ha sido designada con dicha función adjetival, constituye una especificidad histórica y teórica. El derecho a la lectura y la educación inclusiva comparten la insistencia analítica de carácter relacional respecto de otras categorías de análisis e intervención en el sistema mundo –problema morfológico–. Comparten además el déficit de lenguajes para el análisis sobre lo político y lo cultural.

Si bien, tal como he enfatizado en diversos trabajos, la educación inclusiva no sólo expresa un déficit epistémico y metodológico, sino además, un problema morfológico, específicamente, referido a sus categorías e instrumentos conceptuales, reafirmando una profunda crisis terminológica, reflejando un corpus de desarrollos complejos y ambiguos. La complejidad que encierra el adjetivo

inclusiva a través de características tales como: a) estructural, b) relacional, c) escultórico, d) performativo, e) audibilidad, f) abierto, g) dispositivo de intermediación, h) y-cidad, entre otras, se conecta con las designaciones de teoría, campo intelectual y espacio de análisis. En tanto categoría historia marca una época, un estado y una condición, en tanto teoría posee la capacidad de conectar y albergar diversos tipos de expresiones teóricas de lo post-, imponiendo un interés que trasciende el ‘más allá’. Si bien, su base epistemológica devela una *naturaleza post-disciplinar*, traza un movimiento específico que, si bien, surge de complejos enredos genealógicos de dispersión, va más allá de las contribuciones teóricas de lo post- –en adelante, dispositivo de rearticulación de lo post-crítico–. A través de la noción de trayecto abierto es posible comprender que la fuerza acontecimental de la inclusión inaugura un nuevo período, nueva una trama de relaciones humanas y un singular dispositivo de producción de la subjetividad. La inclusión en tanto periodización –introduce avances intelectuales específicos legitimados en un determinado encuadre cultural– y praxis designan móviles terrenos en disputas. Epistemológicamente, la inclusión, designa un entramado gramatical complejo.

La lectura como praxis social

Inauguro esta sección con la afirmación: “*el lector y la lectura son quienes performan la realidad*”. De acuerdo con esto, Barton y Hamilton (2004), entienden la *literacidad* como algo que las personas realizan, encierra en sí misma, un potencial performativo, interviene y altera la realidad y el espacio de acción de cada lector-ciudadano. Concebida así, la lectura es una tecnología escultórica del sistema-mundo. La literacidad designa un territorio de carácter intersticial, en permanente movimiento e inquieto entre las actuaciones del pensamiento y del texto –plano material e ideológico–. Su naturaleza de carácter eminentemente social, político y cultural –en esta sección exploré el corpus de definiciones que inscriben su poder analítico en lo social–, determina peculiares formas de interacción entre sus actores, acción cultural y en el sistema-mundo, disposiciones articuladas por directrices legitimadas en la interioridad de una formación social específica. Un interés analítico que persigue la literacidad en el contexto de la justicia social y la inclusión, consistirá en la preguntarse qué leen determinados textos en el marco de cada uno de estos dominios, así como, de qué manera son empleados en la comprensión de las problemáticas encubiertas que modelan nuestra praxis social y cultural. Ambas tareas hermenéuticas, se interesan por comprender cómo un determinado colectivo de ciudadanos utiliza la lectura, develando un conjunto de eventos lingüísticos específicos desde una perspectiva histórico-cultural, los que además, articulan procesos de subjetivación. Si la práctica cultural se construye mediante una acción reiterativa, entonces, su enlace con la performatividad en términos derridianos remite a la noción de citacionalidad, esto es, a un singular conjunto de eventos

constitutivos de la historia de la conciencia en cada colectividad –red de conexión de historias de la conciencia–. Es, en esta construcción de significados que las personas otorgan sentido a su existencia y pertenencia a determinadas comunidades interpretativas.

Tomando de Lemke (1995), la noción ‘ecosocial’, la literacidad se convierte en un dispositivo de inscripción situada de la lectura en una de sus dimensiones más importantes: lo social. Asimismo, constituye un poderoso mecanismo de producción de lo social, construye un conocimiento local, cuya especificidad reside en la interpretación de las relaciones estructurales y en las interacciones con las personas, resultados en la producción de depósitos de subjetivación. Alberga además, un corpus de tecnologías de producción del deseo. En su dimensión epistémico-metodológica, la lectura, tal como he explicado en ‘lectura como método’, fábrica una particular estrategia de análisis, nutriéndose de aportes de carácter extra-disciplinar, provenientes de campos tales como, el feminismo, los estudios post-coloniales, la contribución de teoría de los oprimidos, de la psicología social crítica, de la psicología de la liberación, de la corriente de la interseccionalidad, de los estudios anticoloniales, de la interculturalidad crítica, etc. Si bien, la estrategia analítica que construye denota un marcado carácter emancipatorio, acepta las limitaciones de sus contornos de investigación, atendiendo a la escasa producción científica en la materia, su actividad se concentra en la acción, en su fuerza intervencionista y dislocativa en el sistema-mundo. *Es fuerza, determinación y poder.*

La lectura es un dispositivo de performatividad crítica que, al igual que la inclusión, crea sus propias contra-performances, acción que también es motivo de análisis en el marco de un examen cultural agudo. La lectura para que otorgue poder debe ser performativa, empleada para movilizar la frontera, explorar nuevos contornos de la trama social, etc. Según esto, el lector es quien performa en una compleja operación dialéctica, interpreta e interviene, articula una doble acción a través de la cual recupera su potencia cultural –espacio de *intimidad crítica*, clave en sus procesos didácticos-. Al movilizar la frontera transfiere herramientas para actuar en el aquí y en el ahora.

La *literacidad* como tecnología de intervención en el mundo y fuerza analítica y creadora, denota una actividad cargada de múltiples imágenes y actos de memoria cultural, traza una operatoria singular de actuación de esta. La forma de actuar de la memoria, involucra un comportamiento mediacional entre el pasado y el presente, las que jamás se distancian de lo político, inaugurando un poderoso dispositivo de crítica cultural. La lectura como discurso social contribuye a la desarticulación de un conjunto de intereses establecidos, imágenes y proyecciones. Ideas que imponen una advertencia preliminar, no todas sus designaciones analíticas logran performar

la realidad, para que esto ocurra, las prácticas letradas y sus respectivas agencias han de acompañarse de lo que Bal (2009), denomina *performatividad crítica*.

Las prácticas letradas enfrentan el imperativo ético de establecer vínculos con cada una de las comunidades a las que sirven, quebrantando los binarismos analíticos que sustentan la intervención cultural en materia de derecho a la lectura. Se propone articular un conjunto de respuestas creativas acerca del fenómeno socio-cultural que interroga por qué muchas personas no sienten como suya la lectura. Dilema eminentemente político y ético. La literacidad y las prácticas letradas en el contexto de la educación inclusiva agudizan y refuerzan su mandato político y ético al expresar la necesidad de *estar-junto-con-los-otros*, constituye una de las premisas claves de lo que he denominado ‘lectura como método’ e ‘inclusión como método’, creando condiciones de legibilidad de sus formas de vida, comprensiones del mundo y agencias. Es un estar en permanente construcción, es una operación dialéctica inquieta, rompe con las formas de relacionamiento institucional, que sustentan las gramáticas opresión y dominación en materia de acceso y uso creativo de los bienes culturales. La lectura es, ante todo, un lugar de negociación, de alteración e intervención en el mundo, construye una multiplicidad de espacios en su interioridad, otorga a los ciudadanos-lectores la posibilidad de vislumbrar diferentes posibilidades en su lugar. Es una acción del Otro hacia el Otro, un lugar de experimentación del mundo. La lectura es, en sí misma, un lugar de performatividad, transformación y dislocación. Es una tecnología de experimentación.

La literacidad como práctica social de intervención y trabajo en el mundo, opera en un marco contextual singular, a la vez, múltiple, que sigue la lógica de un universo-mosaico en permanente movimiento. En ella, la agencia de sus lectores es objeto de redistribución. El estudio de las funciones de la lectura instala un uso específico de análisis cultural, devenida en una praxis singular. La lectura como praxis social y cultural construye un espacio de encuentro con el Otro, una cita de resiliencia y resistencia, en ella, la otredad va un paso adelante, forcluye de la actividad sígnica que posiciona e inscribe su sentido en la abyección, sino que trabaja conectando espacios de encuentro para articular un reconocimiento mutuo a partir de sus diferencias y categorías políticas que inscriben su singularidad en el sistema-mundo. Concebida así, se convierte en un umbral, un dispositivo de encuentro e intermediación, o bien, en una zona de contacto (Pratt, 1992). Lo social es un dominio de encuentro de diferencias infinitas, móviles, alterativas e inquietas que desestabilizan el permanente y anquilosado mapa de lo común y lo habitual. La lectura siempre lleva implícita una tarea negativa. Forja una poderosa política del encuentro –concibo dicho término no en su sentido literal de reunir diversas personas, subjetividades y singularidades–, contribuye a fortalecer los vínculos sociales mediante la reciprocidad, es una estrategia de recomposición del lazo

social, específicamente, en su dimensión analítica, hermenéutica y psíquica. Se propone liberar al Otro de su condición cosificante que anula su singularidad, evita la alineación del yo, la sujeción de su subjetividad, trabaja para anular las dinámicas culturales de adiestración y apropiación de acciones culturales por encima de otras –propósito del pensamiento fronterizo en materia de derecho a la lectura–. La alteridad analítica que se desprende de la función social de la lectura trasciende la mera identificación –hasta cierto punto reduccionista– del lector con diversos problemas de índole afectiva, social cultural, éticos, relaciones, entre otros; se aleja de imagen y actividad cognitiva que designa un sistema de relacionamiento vicario con la multiplicidad de expresiones del poder y de patologías sociales crónicas, crea *mecanismos recognoscitivos* mediante las cuales identifica bajo qué operaciones el sujeto en exclusión –de alguna manera todos los somos, debido a la fragilidad social instalada por nuevos modelos de desarrollo– es estratégicamente excluido de la lucha por la inclusión, operación que fortalece el diferencialismo y anula la singularidad. Es menester recordar que, las minorías son mayorías en el mundo. Una política del encuentro se aleja del conjunto de mecanismos de identificación tradicionalmente legitimados, apuesta por la proliferación de nuevos criterios de legibilidad del sujeto (Ocampo, 2018).

La lectura en su dimensión social configura un espacio de migración de sentidos, signos y políticas de producción del mundo e intervención en él, gobernado por el pensamiento de la relación, del encuentro, la constelación, el movimiento y la acción inquieta de la mirada, trabaja para liberar una multiplicidad de posiciones subjetivas a nivel individual y colectivo. En tanto, dispositivo de ecologización mental, “devuelve a los espectadores la libertad que la política les ha arrebatado. Los provee del espacio para pensar de manera diferente y responsable” (Bal, 2017, p.308). La lectura impone un acto fuera de lugar, en relación al conjunto de escenarios de culturización históricamente legitimados, razón por la cual, el lector –sujeto y tema– es, mayoritariamente, quien performa la realidad, a través de esta metáfora es posible acceder a las estrategias de uso e intervención en el espacio. Performatividad y performance participan del evento llamado lectura y de sus respectivas posibilidades interpretativas. Para Bal (2017), ambas categorías al convertirse en conceptos, dejan de estar conectadas, su punto de enlace es la memoria. Por su parte,

[...] la performatividad es supuestamente la única ocurrencia de un acto en el aquí y ahora. Es el momento en el que las palabras aprendidas se lanzan como armas de seducción, ejerciendo su peso, sorprendente fuerza y encanto sólo en el presente, entre sujetos singulares. Aquí, la memoria sólo se interpondría en el camino del éxito de la performance. Pero la performatividad pierde su efectividad si el acto no es amortiguado en una cultura que recuerde lo que cada acto puede hacer (Bal, 2017, p.321).

La teoría social de la literacidad otorga herramientas para explorar su naturaleza, en ella, el punto de emergencia de su construcción reconoce que esta es una práctica social, es decir, un conjunto de acciones que participan de la producción del sistema-mundo. En su centro crítico convergen diversas estructuras sociales y procesos ideológicos que operan en un singular *contexto de situación*, concepto introducido por Malinowski (1964), para reflejar la naturaleza dinámica de las relaciones de poder configurantes de las prácticas letradas, concebidas como el resultado de concepciones, usos y disposiciones estratégico-situaciones que adopta una determinada gramática cultural en el marco de una formación social e ideología específica. El interés de esta opción teórica centra su actividad en la configuración de las prácticas sociales, espacio o unidades relaciones en las que la literacidad desempeña un rol de intervención en el sistema-mundo, cuya unidad básica según Barton y Hamilton (2004), se encuentra definida por un conjunto de prácticas letradas –expresiones generalizadas de uso de la lengua–. Si la literacidad es aquello que la gente hace a partir de singulares prácticas sociales, entonces, denota un marcado carácter performativo, alterativo y transformativo. Toda praxis social es constituida por un conjunto de sentimientos, ideologías, valores, etc., en tanto dispositivo de intermediación conecta un conjunto de aspectos infra-psíquicos y procesos macro-sociales, así como, personas y comunidades, específicamente, identidades, representaciones culturales y procesos ideológicos. Su singularidad reside en que estas, “toman forma a partir de normas sociales que regulan el uso y la distribución de textos, a la vez que prescriben la posibilidad de producirlos y tener acceso a ellos” (Barton y Hamilton, 2004, p.112-113).

La literacidad es el resultado de un complejo proceso de conjunción de diversas prácticas sociales, en ella, Barton y Hamilton (2004), identifican la presencia de múltiples estilos y formatos de literacidades vinculadas a diversas esferas y dimensiones de la vida cívica, social, cultural, etc. La literacidad es un producto social, político, cultural e histórico. De acuerdo con esto, las prácticas letradas constituyen dispositivos regulados por diversos formatos del poder, estructuras de regulación clave en la ampliación de oportunidades educativas y en el destino social de sus estudiantes. El concepto de *praxis* entraña una profunda historia en los estudios sociales, antropológicos y culturales, en su acepción más amplia refiere a un corpus de acciones que posibilitan el aprendizaje de algo a través de la repetición, inscribe su fuerza en un conjunto de actividades abstractas, no identificables en acciones simples. Esta es la complejidad que encierra la literacidad como forma cultural. Al expresar esta, un marcado carácter performativo, su intervención en el mundo es articulado mediante un conjunto relacional y multinivel de eventos letrados, es decir, actividades mediante la cual cumple su propósito. Los eventos –concepto fundamental en la teoría de Heidegger– se encuentran íntimamente ligados a la noción de acontecimiento, designan una operación que actúa en un hecho, la operación de algo, una interacción dinámica entre el Ser y el

ser-allí. Un evento denota la ocurrencia de algo, algo que interviene, cambia el curso natural de las cosas, impone un sello situacional a la acción. Los eventos tienen lugar en la intimidad de un contexto específico –en términos de Malinowski–. Un evento letrado es un conjunto de actividades reiterativas, articulan procesos formativos, determinan las formas de producción y uso de determinados textos, en ella, “la literacidad se entiende mejor como un conjunto de prácticas sociales que pueden ser inferidas a partir de eventos mediados por textos escritos” (Barton y Hamilton, 2004, p.114), agrega además que, “dirige la atención hacia textos de la vida diaria, distintos de otros textos estudiados con más frecuencia como es el caso de textos educativos, textos producidos por los medios de comunicación y otras publicaciones” (Barton y Hamilton, 2004, p.115).

La práctica de la literacidad en su esencia entraña una cierta repetición, algo que irrumpre, altera y modifica el curso normal de las cosas, hace surgir un presente distinto, involucra la concepción de acontecimiento como repetición. Clave en la cristalización de sus procesos didácticos. La lectura es siempre un proceso singular, cada lector, a pesar de situar una actividad en un determinado marco de producción/recepción, desarrolla sus propias formas de lectura. Leer es siempre una opción política y una decisión e intervención cultural materializada en el sistema-mundo y en el conjunto de relaciones de poder y representaciones cultuales que afectan nuestra presencialidad y participación en este.

Conclusiones: lectura y micropolítica del acontecimiento²³

El concepto de acontecimiento entraña un poderoso signo de creación, cambio, performatividad, dislocación y trasgresión de lo dado, se convierte en un poderoso dispositivo heurístico de producción de lo nuevo. El acontecimiento como categoría de análisis posibilita la descripción de los múltiples sistemas de resistencias que enfrentan determinados colectivos de ciudadanos afectados por obstáculos complejos a través del ejercicio del derecho a la educación y la lectura, sistemas que actúan al decir de Useche (2012), en tanto pliegues en la interioridad de un campo de acción –matriz cultural de dominación–. Las resistencias emprendidas por los lectores, son en sí mismas, modalidades heterológicas de carácter acontecial – la inclusión al reafirmar una naturaleza micropolítica, o bien, un proyecto de conocimiento en resistencia, puede entenderse al igual que la lectura como una tecnología de desbloqueamiento–, despliega un poder que destraba, gira e irrumpre con fuerza en la realidad, proporcionan en la regulación de la espacialidad social, política y cultural, puntos de conexión y encuentro, constituyen el epicentro en la producción de lógicas emancipadoras. La lectura es, en sí misma, un dispositivo de producción de lógicas de emancipación social, propósito que comparte con el

²³ Concepto introducido por Useche (2012).

desarrollo de los principios de regulación de la literacidad y los eventos lectores. Tal como indica Useche (2012), “las resistencias trabajan para el acontecimiento” (p.95), fomenta la proliferación de nuevas identidades y formas de vida, educación y culturalización a partir de la singularidad de cada persona. La fuerza acontecimental libera al sujeto –más bien, a determinados colectivos de singulares y precarias formas de representación culturales legitimadas– de configuraciones hegemónicas que inciden en la producción de la subjetividad.

Si la naturaleza de la educación inclusiva expresa un carácter acontecimental, entonces, posee la fuerza de desatar la producción de lo nuevo, la creación de otros mundos, desborda los marcos disciplinarios, objetuales y metodológicos institucionalizados, asimismo, posee la capacidad de trasgredir y movilizar la frontera, apuesta por la creación de otros sistemas de razonamientos para leer e interpretar el acto cultural y educativo. La inclusión cristaliza un signo heterodoxo y de fractura del pensamiento educativo contemporáneo²⁴. La educación inclusiva –circunscripción intelectual– y la inclusión –campo y fenómeno– prolifera y actúa en clave relacional, es un proyecto ético, político y de conocimiento en constante devenir, forja un tipo específico de conocimiento educativo y social, un singular poder de resistencia. Impulsa un estilo de performatividad crítica y modos particulares de interlocución. La política de producción de su enunciado gira alrededor de una acción heteroglósica. La micropolítica de la lectura²⁵ entre algunos de sus propósitos, persigue coincidiendo con Useche (2012),

[...] la identificación de los devenires de un pensamiento y unas modalidades de lucha locales de gran intensidad, invisibilizados e ilegitimados, puestos ahora en juego para afirmar la vida y para contener los efectos de poder del discurso y de las prácticas dominantes. También inquierte por la caracterización de los sujetos y de los procesos de subjetivación que emergen en el manantial de las distintas modalidades de lucha y de los diversos tipos de organización que la gente adopta para resistir; buscándolos fundamentalmente en los puntos en donde se desbordan los órdenes y las instituciones establecidas –es decir, las regulaciones legitimadas de los poderes centrales– para recabar en los bordes, en los puntos fronterizos donde se difuminan o debilitan los poderes instituidos (p.96).

En tal caso, la inscripción de las prácticas letradas atenderá significativamente al corpus de configuraciones espaciales donde se inscriben y articulan las formas de resistencia a través del derecho a la lectura, denotando procesos específicos de intervención e imaginación –devela la función de fijación de la memoria–. A través de la y-ciudad que designan los términos ‘lectura e inclusión’ recupera la criticidad implícita en los procesos de lecturación del mundo, impone un signo de revolución.

²⁴ Para mayores referencias en torno a las características del calificativo inclusiva, véase el trabajo titulado: “Incluir: un verbo intransitivo”, disponible en: <https://hal.archives-ouvertes.fr/hal-02336509/document>

²⁵ Línea de investigación del Centro de Estudios Latinoamericanos de Educación Inclusiva (CELEI).

La lectura forja un acontecimiento que deja una huella en la memoria de las personas, en las regulaciones de una formación social específica, etc. Su poder adopta un estatus de intermediación respecto de la capacidad de afectación en el sistema-mundo, impacta en las condiciones de producción de la subjetivación y en las estructuras de regulación del mundo a través de procesos de concientización del sujeto y de sus comunidades interpretativas de adherencia. La lectura es, en sí misma, un acontecimiento, puesto que posee la capacidad de trasformar. Al igual que la inclusión, interpela al espectador.

La micropolítica de la lectura constituye un dispositivo heurístico y una praxis crítica que fomenta la comprensión de la multiplicidad de singularidades que adopta la creación de otros mundos y subjetividades a través del derecho a la cultura y la lectura, preferentemente. El estudio de las formas de resistencias y relegamientos, de producción de obstáculos complejos, y, específicamente, el estudio del funcionamiento y de las configuraciones de las estructuras de escolarización, así como, culturales, sociales y políticas que producen poblaciones excedentes o arrastradas las fronteras del derecho a la educación y la lectura –preferentemente–, operan de diversas formas. Esencialmente, son atravesadas por patrones de performatividad, movimiento y relación discontinua, cuyas relevancias analíticas se obtienen mediante el giro y la rearticulación. Recuperando los planteamientos de Useche (2012), la praxis lectora en el contexto de la lucha por la justicia y la inclusión recupera la dinámica de los pequeños encuentros, reafirmando la *política ontológica de la inclusión* articulada, fundamentalmente, desde la concepción de la revolución molecular o bien, de las múltiples singularidades, acción que asume un “devenir de órdenes moleculares muy intensos que se manifiestan en la vida cotidiana más próxima” (Useche, 2012, p.98).

Recuperando los planteamientos de Ocampo (2018), en torno a ‘lectura como método’²⁶ es posible recuperar la función de la lectura como estrategia analítica y metodología heurístico-política, en sí misma, de carácter micropolítico. La misma función devela la inclusión²⁷. En tal caso, la lectura en tanto método y estrategia micropolítica asume “esa misma pluralidad a la que se alude –que revela el sentido múltiple de los acontecimientos– y que define la contingencia de las relaciones que se establecen o se diluyen, se hablará de “micropolítica de los acontecimientos” (Useche, 2012, p.98). Concebir una de las funciones heurísticas de la lectura a través de la categoría de micropolítica fomenta la comprensión de las prácticas a partir de un patrón de multiplicidad, divergencia y heterogeneidad –condiciones epistemológicas clave del campo de producción de la educación inclusiva–, recupera los micropoderes que proliferan en la interioridad de la acción cultural y del derecho a la lectura, se convierte en un dispositivo de irrupción y creación, de residencia ante

²⁶ Véase el trabajo que lleva este título.

²⁷ Para mayores detalles, véase: “Inclusión como método”.

proyectos de conocimientos y culturización dominantes. La acción cultural desde este punto de vista asume que,

[...] todos poseemos un poder interior, una fuerza primaria y activa, que es la vida misma desplegándose. Esa fuerza originaria no está determinada por la búsqueda del acceso y control de los centros de poder, ni se propone convertirse en organización burocrática de la potencia humana, ni dominar la sociedad desde un lugar jerárquico (Useche, 2012, p.99).

La dimensión micropolítica de la lectura recoge los principios de regulación cognitiva impulsados por la comprensión epistemológica de la educación inclusiva –proyecto de conocimiento en resistencia–, crea nuevos dispositivos de modelización de la realidad, traducidos a través de los términos de subjetividades, relaciones humanas, funcionamiento de relaciones estructurales, procesos políticos, movimientos sociales, lenguajes y tecnologías semióticas y estéticas de configuración del mundo. La lectura desde una perspectiva micropolítica refleja un dispositivo analítico de carácter bivalente que afecta y regula lo estético y lo político. Por consiguiente, la lectura se convierte en un dispositivo de producción de subjetivación, y, a la vez, en un dispositivo de emancipación que sólo tiene lugar a través de la subjetivación que, desde la perspectiva de rancieriana denota un complejo proceso de desidentificación.

Finalmente, quisiera insistir en la necesidad de intencionar un discurso cognoscitivo de carácter crítico y agudo, que permita superar la ingenuidad, neutralidad y la ausencia de politización de los planteamientos actuales que erigen el campo pre-constructivo de la educación inclusiva. Tales sistemas de razonamientos inducen al reconocimiento de una función cognitiva elaborada por disposiciones hegemónicas que trabajan sobre las mismas estructuras gobernadas por diversas expresiones del poder, reduciendo el potencial transformacional del mundo –imaginación epistémica y política–. La estructura de conocimiento falsificada –fundamentalmente, inscrita en el legado de uno de sus objetos específicos: la educación especial– devela una operación macropolítica en términos intelectuales y éticos, sumado a ello, la neutralidad de sus planteamientos para transformar el mundo y la matriz de anudamientos productores de frenos al autodesarrollo, cuyos planteamientos tienden a homogeneizar los significados y sentidos asociados a la inclusión, la justicia, la redistribución, la multiplicidad, la diferencia y la singularidad. Esta última posibilita la reconfiguración del sujeto desde un marco que no esencializa y cosifica al Otro en su identidad. Es frecuente observar cómo diversos planteamientos teóricos nos obligan a entender la producción de la diferencia en términos de una política de alteridad. La inclusión en tanto signo de movilización de la frontera, signo heterodoxo y dispositivo de fractura del pensamiento pedagógico contemporáneo, desestabiliza las enunciaciones proporcionadas por la macropolítica analítica, política y ética. Esta

visión refuerza la política ontológica basada en la revolución molecular. La inclusión es un acto de potencia de creación.

Si el encuadre ontológico de la inclusión reside en la noción de ‘multiplicidad de diferencias’ o ‘multiplicidad de singularidades’, entonces, los términos singularidad, diferencia y multiplicidad, no aluden a fragmentación, sino a entrelazamientos discontinuos. Reafirma un entendimiento centrado en una multiplicidad abierta y divergente de modos singulares del ser, cuya arquitectura espacial, social, educativa, política y económica se articula en torno a la teoría de las relaciones exteriores, las que para Useche (2012), muestran el poder heurístico de asumir que,

[...] desde la poderosa esfera de lo múltiple que se hace posible constituir campos de unidad a partir de esta constelación de singularidades. Surgen nuevos tipos de síntesis que profundizan lo plural, que vinculan las proposiciones disyuntivas, que cohesionan los elementos ilimitados e indefinidos que pueden concurrir o brotar en una relación, a través de agrupamientos paradójicos donde hay lugar para lo diverso. Esto significa reencauzar el método del pensamiento para dar curso a la apertura crítica, a la novedad, al cosmos de lo diferencial, a la indeterminación de las relaciones, cuyas conexiones se establecen a la manera de redes sin centro que impidan el retorno de los universos centralizados y jerarquizados. “Conjunción disyuntiva”, llama Deleuze a esta paradoja, que constituye dimensiones multi-cósmicas de universos difusos en los que confluyen diversas lógicas de conectividades que repelen la solidificación y la jerarquización. El mismo Deleuze la describe con la siguiente imagen “muro de piedras sueltas sin pegar, donde cada elemento vale por sí mismo y no obstante en relación con los demás” (Deleuze, 1996, p. 110) (p.104).

Antes de concluir esta sección, quisiera recuperar los planteamientos de Paltí (2019), en torno a la noción de multiplicidad y la diferencia, para quien, ambas constituyen categorías históricas, actualmente, vinculadas estrechamente a los planteamientos de la democracia. Si bien, constituyen categorías contingentes, es necesario atender al tipo de acciones cognitivas inflacionarias y deficientes que reducen su potencial analítico en el estudio de la política, las sociedades, la educación y de la acción y del análisis cultural. Las *micropolíticas del acontecimiento* en el contexto de aseguramiento del derecho a la lectura y la educación constituyen fuerzas que trabajan a favor del acontecimiento, en sí misma, es un transcurrir de la experiencia humana. En ella, el sentido de la lectura es concebida como una acción contingente, como una y-cidad compuesta múltiples procesos relationales estriados.

REFERENCIAS

- Bal, M. (2009). *Conceptos viajeros en las humanidades. Una guía de viaje*. Murcia: Cendeac.

- Bal, M. (2017). *Tiempos trastornados. Análisis, historias y políticas de la mirada*. Madrid: Akal.
- Barton, D. & Hamilton, M. (2004). “La literacidad entendida como práctica social”; en: Zavala, V., Niño-Murcia, M., Ames, P. (Comp.). *Escritura y Sociedad. Nuevas perspectivas teóricas y etnográficas*. (pp.109-140). Lima: Red para el desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Bonvillani, A. (2012). “Hacia la construcción de la categoría subjetividad política: una posible caja de herramientas y algunas líneas de significación emergentes”, en: Piedrahita, C., Díaz, A., Vommaro, P. (Comp.). *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos*. (pp.191-203). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Burman, E. (2017). Child as method: implications for decolonising educational research. *International Studies in the Sociology of Education*, 28, (3), 1-23. Recuperado de: <https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/09620214.2017.1412266>
- Brah, A. (2011). *Cartografías de la diáspora. Identidades en cuestión*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Chen, K. H. (2010). *Asia as method: towards deimperialization*. Durham: Duke University Press.
- Gee, J.P. (2015). *Literacy and education*. London: Routledge.
- Giroux, H. (1997). *Cruzando límites. Trabajadores culturales y políticas educativas*. Buenos Aires: Paidós.
- González Landa, (1990). Transposición de textos literarios a otros códigos semióticos en la Didáctica. *Didáctica (Lengua y Literatura)*, 2, 85-100.
- Guattari, F. & Rolnik, S. (2006). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Madrid: Traficante de Sueños.
- Hall, S. (2011). *La cultura y el poder*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hill Collins, P. (2015). *Intersectionality. As critical social theory*. Duke: Duke University Press.
- Hill Collins, P. (2019). Intersectionality's Definitional Dilemmas. Recuperado el 18 de junio de 2019 de: <https://edspace.american.edu/culturallysustainingclassrooms/wp-content/uploads/sites/1030/2017/09/annurev-soc-073014-112142.pdf>

- Karakola, E. (2004). “Diferentes diferencias y ciudadanías excluyentes: una revisión feminista”, en: hooks, b., Brah, A., Sandoval, Ch., Anzaldúa, G., Levins Morales, A., Bhavnani, K., Coulson, M., Alexander, M.J., Talpade Mohanty, Ch. *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras* (pp.9-32). Madrid: Traficantes de Sueños.
- Law, J. (2004). *After Method. Mess in social science research*. New York: Routledge.
- Lemke, J. (1995). *Textual Politics. Discourse and social dynamics*. London: Taylor and Francis.
- Malinowski, B. (1964). “El problema del significado en las lenguas primitivas”, en: *El significado del significado*. Buenos aires: Paidós.
- Martínez, M.C., Cubide, J. (2012). “Acercamientos al uso de la categoría de ‘subjetividad política’ en procesos investigativos”, en: Piedrahita, C., Díaz, A., Vommaro, P. (Comp.). *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos*. (pp.169-190). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Massey, D. B. (1994). *Space, place, and gender*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Mellino, M. (2008). *La crítica poscolonial: descolonización, capitalismo y cosmopolitismo en los estudios poscoloniales*. Buenos Aires: Paidós.
- Mengue, Ph. (2004). *Deleuze o el Sistema de lo múltiple*. Buenos Aires: las cuarenta libros.
- Mezzadra, S. (2008). “Introducción”. en: Mezzadra, S., Spivak, G., Talpade, Ch., Mohanty, Shohat, E., Hall, S., Chakrabarty, D., Mbembe, A., Young, R., Puwar, N., Rahola, F. *Estudios Postcoloniales. Ensayos fundamentales* (pp.15-32). Madrid: Traficante de Sueños.
- Mezzadra, S. & Neilson, B (2013). *Border as Method*. Durham: Duke University Press.
- Mohanty, Ch. (2008). “Bajo los ojos de occidente”, en: Mezzadra, S., Spivak, G., Talpade, Ch., Mohanty, Shohat, E., Hall, S., Chakrabarty, D., Mbembe, A., Young, R., Puwar, N., Rahola, F. *Estudios Postcoloniales. Ensayos fundamentales* (69-102). Madrid: Traficante de Sueños.
- Mouffe, Ch. (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires: FCE.
- Ocampo, A. (2017). *Epistemología de la educación inclusiva*. Granada: UGR.

- Ocampo, A. (2018). *La formación del profesorado y la comprensión epistemológica de la Educación Inclusiva: tensiones, permeabilidades y contingencias*. Santiago: Fondo Editorial CELEI.
- Ocampo, A. (2019). “Contornos teóricos de la educación inclusiva”. *Revista Boletín Redipe*, Vol. 8 (3), 66-95.
- Orlandi, E. (2012). *Análisis del Discurso. Principios y procedimientos*. Santiago: LOM.
- Paltí, J. E. (2020). Entrevista a Elías José Paltí sobre Arqueología de lo político y la multiplicidad de regímenes del poder, entrevistado por Aldo Ocampo González. *Revista Res Publica*, 23, 1, 115-119.
- Park, J. (2016). “Asian education and Asia as method”, en: C.M. Lam & J. Park (Eds.), *Sociological and philosophical perspectives on education in the Asia-Pacific region*, (pp. 205-220). Singapore: Springer.
- Pecheux, M. (1969). *Automatique du Discurs*. Paris: Dunod.
- Pratt, M.L. (1992). *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: FCE.
- Rancière, J. (2006). *A bordo de la política*. París: Gallimard.
- Rachjman, J. (2014). *Constructions*. New York: MIT Press Ltd.
- Rockhill, K. (2004). “Género, lengua y la política de la literacidad”, en: Zavala, V., Niño-Murcia, M., Ames, P. (Comp.). *Escritura y Sociedad. Nuevas perspectivas teóricas y etnográficas*. (pp.291-314). Lima: Red para el desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Santos, B. (2009). *Epistemología del sur*. México: Siglo XXI Editores/CLACSO.
- Sandoval, Ch. (2001). *Methodology of the oppressed*. Minessota: University of Minessota Prees.
- Scribner, S. & Cole, M. (2004). “Desempacando la literacidad”, en: Zavala, V., Niño-Murcia, M., Ames, P. (Comp.). *Escritura y Sociedad. Nuevas perspectivas teóricas y etnográficas*. (pp.57-80). Lima: Red para el desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Street, B. (2004). “Los nuevos estudios de literacidad”, en: Zavala, V., Niño-Murcia, M., Ames, P. (Comp.). *Escritura y Sociedad. Nuevas perspectivas teóricas y etnográficas*. (pp.81-108). Lima: Red para el desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.

- Smith, L.T. (1999). *A descolonizar las metodologías. Investigación y pueblos indígenas.* Santiago: LOM.
- Spivak, G. (1998). ¿Puede hablar el subalterno? Recuperado de:
<https://www.redalyc.org/pdf/1050/105018181010.pdf>
- Useche, O. (2012). “Diferencias, subjetividades en resistencia y micropolítica del acontecimiento”, en: Piedrahita, C., Díaz, A., Vommaro, P. (Comp.). *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos.* (pp.95-110). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Wasserstrom, R. (1980). “On Racism and Sexism”, en: *Philosophy and Social Issues*, Notre Dame: Notre Dame University Press.
- Young, I. M. (2002). *La justicia y la política de la diferencia.* Valencia: Pre-Textos.